

BOLSIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL SINDROME DEL MIEDO

Curtis Garland



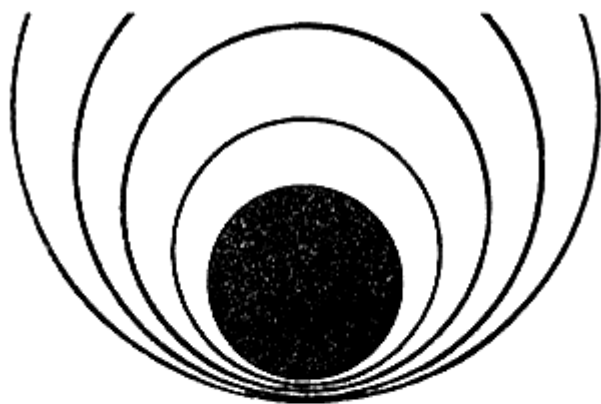
EL SINDROME DEL MIEDO

CURTIS GARLAND



Colección
PUNTO ROJO n° 991
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.590. —Halcón de plumas de oro.

En Colección PUNTO ROJO:

989. —Angel exterminador.

En Colección LA HUELLA:

134. —Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 4.924-1981
Impreso en España —Printed in Spain
1ª edición: abril, 1981

© Curtis Garland —1981 texto
© Miguel García —1981 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona —1981

PROLOGO

ATERRADO, el director de la CIA clavó su fría mirada azul en el mandatario de la KGB soviética, sentado frente a él.

—Cielos... —manifestó roncamente—. Eso es terrible. No *podemos* hacerlo, Vasiliev...

El hombre de los servicios secretos soviéticos entornó sus apacibles ojos grises, casi con aire beatífico, entrelazó los largos dedos de sus manos sensitivas y afirmó lentamente, sin dejar de mirar con falsa indiferencia la panorámica del Sena, la torre Eiffel y los tejados de París, visibles desde la oficina neutral de la capital francesa, donde ambos se reunían por iniciativa de monsieur René Durand, del *Deuxième Bureau*.

—Sí, mi querido Powell —afirmó lentamente el soviético—. Nos guste o no, *tenemos* que hacerlo. Y pronto.

—Pero... ¡pero eso puede significar la hecatombe mundial! —protestó el hombre de la CIA acaloradamente, enrojeciendo hasta la raíz de sus canosos cabellos.

—Claro —asintió con suavidad el ruso—. Es un riesgo que *todos* tenemos que correr, Powell, pero *solamente* es un riesgo. No hacerlo... es algo más que eso. Mucho más, usted lo sabe tan bien como yo.

Reinó un silencio agobiante en la pequeña oficina. Desde alguna parte, notas de un acordeón llegaron hasta ellos, con la perezosa melodía de *Au bord de l'eau*, como una incongruencia más en aquella situación delirante y, a la vez, grotesca.

—Supongamos que aceptase —jadeó Arnold Powell con cautela—. ¿Cuándo... se iniciaría la acción?

—Hoy mismo —sentenció con dureza el soviético.

—Dios... —jadeó el director de La Compañía, con un estremecimiento—. ¡Hoy!

—Hubiera tenido que hacerse ayer —comentó el alto dirigente de la KGB con tono glacial—. Pero eso ya no tiene remedio.

Powell dirigió una angustiada mirada al teléfono que tenía sobre la mesa. Estaba conectado directamente con Washington y Moscú, por acuerdo especial con los Servicios de Inteligencia franceses. El sudor humedecía su amplia frente y las palmas de sus manos. El ruso, entretanto, parecía tranquilo. Pero un leve «tic» bajo el ojo derecho delataba que esa calma era sólo aparente. Muy aparente.

—Bien... —resopló al fin el director de la CIA, empezando a alzar el teléfono—. Que sea lo que Dios quiera.

—Yo no soy creyente, Powell —sonrió con amable cinismo el soviético—. Pero en este caso concreto creo que su invocación es sumamente acertada. Si existe un Dios, éste es el momento más oportuno de darse a conocer...

Encendió un cigarrillo con mano que no temblaba. Era un cigarrillo americano, pero Arnold Powell no estaba para sutilezas. Juró entre dientes, de forma nada académica, y marcó un número determinado, de muy escasas cifras.

Al otro lado del hilo, una voz preguntó simplemente:

—¿Sí? «Delfos» escucha.

Powell tragó saliva. Cambió una mirada con Iván Vasiliev, como esperando alguna ayuda. Pero el ruso se limitó a contemplarle silenciosamente, sin un pestañeo.

—Procedan —dijo roncamente Powell—. Inmediatamente. Habla «Delta». Fase 3. Sin demora.

—Sin demora —contestó una voz monocorde, que parecía grabada en una cinta magnética o producida por una computadora—. Entendido.

Powell colgó. Se secó el sudor. Estaba lívido. Sacó una botella metálica de una gaveta de la mesa, y se sirvió una copa. Un suave olor a excelente *cognac* francés invadió la estancia, una embarcación repleta de turistas cruzaba el Sena lentamente, junto a la mole de hierro oxidado de la torre Eiffel.

—¿Quiere usted, Vasiliev? —ofreció a su colega ruso.

—No, gracias —rechazó éste—. Sólo bebo vodka y cerveza.

Powell apuró la copa de un trago. Volvió a enjugarse la transpiración con un pañuelo arrugado, parecía repentinamente veinte años más viejo. La piel le colgaba flácida, con infinitas arrugas y bolsas.

—Dios... —casi sollozó—. Lo que hemos hecho, Vasiliev...

—Lo que teníamos que hacer —suspiró el ruso lentamente.

—Pero es... es *espantoso* —gimió Powell, ronca su voz.

—Lo sé —el ruso parpadeó por primera vez y aplastó con lentitud su cigarrillo americano en el cenicero de cristal con la marca de un *pastis* francés—. Hemos desencadenado un horror. No podíamos hacer otra cosa, dadas las circunstancias. Es una dolencia fatal, cuyo síndrome es el del miedo... Ahora, nadie va a escapar ya a ella, amigo mío. Absolutamente nadie...

Y su rostro, aunque sereno, también pareció de repente enormemente viejo y cansado.

CAPÍTULO PRIMERO

DONALD Lee tenía miedo. Miedo auténtico.

Tener miedo es un sentimiento profundamente humano y, por ello mismo, nada sorprendente ni anormal. Pero en Donald Lee *sí* era realmente extraño.

Porque Donald Lee no había tenido miedo jamás. No sabía lo que era. Y, sin embargo, ahora, por primera vez en su vida, sabía que estaba asustado. Profunda y terriblemente asustado.

Era una sensación nueva, rara, sorprendente. Pero también molesta.

Desde muy joven había deseado, en realidad, conocer ese sentimiento. A lo largo de su agitada vida, de sus azarosos viajes de un extremo a otro del mundo en busca de la información para sus reportajes, novelas y ensayos sociopolíticos en la amplia geografía de los cinco continentes, había visto a mucha gente asustada. Y a veces había sentido sorpresa y extrañeza, porque él era un hombre que se creía incapaz de sentir ese mismo miedo que, a través de sus experiencias personales, había llegado a ver reflejado en el rostro de niños famélicos, de ancianos sin hogar y sin familia, de gentes huyendo de una guerra o evacuando un lugar bombardeado, de personas apestadas por epidemias tropicales, de pueblos afectados por tifones o inundaciones catastróficas.

El, en todo ese tiempo, había sido simple y frío observador, aunque a veces creyera reflejar apasionadamente en sus escritos las sensaciones y sentimientos de todos aquellos desventurados dominados por la angustia y el terror.

Ahora lo comprendía bien. El testigo de excepción se convertía, de repente, en protagonista. Y empezaba a darse cuenta de que ahora, nada de lo pasado contaba. Sus experiencias en el mundo no le servían de nada en absoluto. Porque él se sentía cogido en el mismo cepo, en la misma telaraña que tantas y tantas veces presenciara impasible en su acción apresadora de otros seres y gentes con las que nada tenía en común aunque hubiera llegado a considerársele, por sus *best-sellers*, como defensor de los oprimidos del mundo civilizado del siglo XX.

Donald Lee sabía que todo eso era pura publicidad editorial. Él no había pretendido romper lanzas por nadie en toda su vida. Simplemente, había querido ganar dinero. Era un escritor hábil e inteligente, aunque sabía que distaba años-luz de ser genial o simplemente bueno, y no le

fue difícil pergeñar libros de venta segura en todos los idiomas, adoptando el aire paternalista de un legítimo defensor de los derechos humanos y de los oprimidos, humildes y subdesarrollados del mundo industrializado y capitalista que él fustigaba despiadadamente en sus páginas vendidas a peso de oro.

Todo ese gigantesco tinglado editorial le había llevado justamente a esto de ahora. A los umbrales de un posible desastre donde, por vez primera, él mismo era el asustado, la víctima.

Y todo, porque a su editor se le había ocurrido la idea de escribir un *best-seller* sobre el futuro de las guerras en el mundo y las posibilidades secretas de las armas bacteriológicas.

Donald Lee había encontrado sugestivo el tema. Trazó las líneas maestras de su futuro libro, posiblemente otro récord impresionante de venta en el mundo, y se lanzó a la búsqueda de sus personajes, de sus entrevistas, de la difícil y minuciosa investigación que siempre era fase previa a la realización en sí de la obra.

Entre los entrevistados por el escritor, ocupaba lugar preferente un hombre oscuro y poco conocido por el gran público, pero cuyo nombre circulaba en boca de los expertos en el tema, de los políticos internacionales, de las cancillerías y de los agentes secretos de muchas potencias, con evidente respeto.

Ese hombre era el doctor Franz Stroder, de nacionalidad austríaca, nacido exactamente en Innsbruck, sesenta y siete años atrás.

Franz Stroder era famoso por sus trabajos de investigación en Medicina y Toxicología, así como por sus tareas en el difícil campo de la guerra química y de la epidemiología como arma posible de combate en una futura guerra.

Donald Lee no podía, por tanto, dejarse atrás a ese hombre. Concertó con él una breve entrevista en Viena, después de infinitas y fallidas tentativas, primero por localizarle, y posteriormente por entrevistarse con él.

Ahora acababa de regresar de Viena. Su vuelo le había dejado en Londres, donde debía entrevistarse rápidamente con los representantes de su editor en Gran Bretaña, antes de tomar el siguiente vuelo de regreso a Nueva York, su lugar habitual de residencia.

Y ahora, realmente, es cuando se sentía asustado. Más asustado que nunca.

Estaba seguro de haber sido seguido desde Viena hasta el aeropuerto de Heathrow. Pero eso no era lo más inquietante. En otras ocasiones, miembros de seguridad de cualquier país puesto en solfa en sus libros, le habían escoltado y perseguido, amenazadoramente incluso, para obligarle a renunciar a cierto aspecto del tema elegido. Casi siempre se había salido con la suya, y nadie le había llegado a causar daño.

Tampoco experimentó el menor temor en esas ocasiones, porque se sentía seguro de sí mismo y no temía a esbirros de ninguna clase.

Ahora era distinto. Ni siquiera podía estar seguro de quién le seguía ni por qué. *Sabía* que era vigilado. Pero también estaba convencido de que eran distintas personas, a través de relevos, quienes iban tras él, apenas abandonara al profesor Stroder en su discreto despacho de la capital vienesa.

El motivo creía saberlo muy bien. Había escuchado ciertas explicaciones del doctor con evidente escepticismo. Ahora empezaba a darse cuenta de que no debió aceptar tan a la ligera las palabras del científico austríaco.

El hecho de que le siguieran y vigilaran hasta Londres, significaba algo claro: otras personas sí creían en lo que le dijera confidencialmente el doctor Stroder. Era inverosímil, pero quizá cierto. Había cometido un error al no aceptarlo así.

Y eso era lo que le asustaba. Si el doctor tenía razón... el mundo estaba al borde del desastre. Simple y llanamente eso. Es más: el desastre en sí *ya había comenzado*. Y sin que nadie lo supiera. Eso era lo que hacía tan increíble el relato del investigador austríaco.

Donald Lee aplastó su enésimo cigarrillo, tras pasear por la habitación del hotel donde se encontraba. Contempló Piccadilly desde el ventanal, con sus rojos autobuses de dos pisos circulando entre el tráfico bullicioso y el parpadeo incipiente de los luminosos de Windmills y de los cinematógrafos y *music-halls* especializados en erotismo de aquella populosa zona londinense.

Viendo discurrir la vida normalmente por las arterias de la gran ciudad, todo lo demás parecía incongruente, absurdo, simple producto de un relato de ficción, de un tema imaginativo para otro *best-seller* con la mágica firma de Donald Lee, pero nada más. Tan irreal como hablar de los marcianos o de un viaje a otra galaxia.

Y, sin embargo, *podía* ser cierto. De hecho, Lee estaba seguro que *era* cierto. El Apocalipsis había comenzado. Nadie lo sabía, nadie lo sospechaba, salvo unos pocos privilegiados. Pero estaba ocurriendo. El sabio lo había dicho con pocas y terribles palabras que, en su momento, a Lee le sonaron a hueco y a exagerado, pese a su experiencia de años en conversar con personalidades mundiales de todo tipo:

—Los escasos seres humanos que conocen la verdad son los más interesados en que éste nunca llegue a saberse. Por la sencilla razón de que sólo los directa o indirectamente responsables de que ello suceda están al tanto de los hechos. Y lo peor es que cuando quieran hacer algo por evitarlo, será demasiado tarde...

Demasiado tarde...

Un escalofrío sacudió a Donald Lee. Sus ojos vagaron tristemente por

Piccadilly y se perdieron hacia la riada humana y automovilística de Regent Street. Era una frase terrible, pensó:—. «Demasiado tarde.» ¿Para qué? ¿Para salvar al mundo? ¿Para evitar lo irremediable?

¿Por qué no hablaba públicamente el doctor Stroder? ¿Por qué no revelaba a la gente lo que le esperaba?

La respuesta del científico había sido escueta y amarga:

—Porque nadie iba a creerme. Órganos oficiales de todo el mundo negarían mis palabras. Eso, si es que llegaban a publicarse alguna vez. Sé de muchos intereses internacionales que tratarían de impedirlo por todos los medios. Y posiblemente lo conseguirían, señor Lee.

Ahora, era él quien podía hacerlo, pensó Lee. Pero ¿quién cree a un escritor de *best-sellers*? ¿Quién no piensa en una campaña previa de publicidad para el futuro libro? No les sería difícil a las personas interesadas convencer de eso a todo el mundo y dejarle en ridículo ante la opinión pública.

No, no podía hacer nada. El doctor Stroder era una personalidad mundial en su género, y estaba incapacitado para revelar a nadie la terrible verdad. Con mucha menos razón podía esperar él un éxito vedado a aquel hombre.

Y, no obstante, Lee estaba decidido: el mundo *tenía* que saberlo. Alguien tenía que decirlo. Alguien tenía que empezar a creerlo. Quizá *aún* no era demasiado tarde.

Encendió otro cigarrillo. Le temblaba la mano. Por un momento, recordó unas escalofrantes palabras del doctor Stroder al comprobar ese hecho:

—*El síndrome es el miedo.*

Miedo...

Sí. Él tenía miedo. Aquel temblor suyo al encender el cigarrillo era de puro miedo. Pero no creía que fuese el trágico y temido síntoma. No, no podía ser eso. Este era otra clase de miedo. Psicológico, instintivo y a la vez racional. El *otro* miedo era cosa distinta. Tenía allí sus apuntes. Sabía cuáles eran los síntomas exactos. Y también lo demás.

Sonó el teléfono. Lo miró como hipnotizado, temeroso incluso de descolgarlo. Estaba seguro de que abajo, en el vestíbulo del hotel, alguien esperaba a que saliera de su habitación para reanudar la vigilancia, para seguirle como una sombra propia. Tal vez ahora, alguien iba a llamarle amenazadoramente, diciéndole que lo que sabía podía costarle la vida en cualquier momento...

Ante la insistencia de la llamada, descolgó bruscamente. Su voz sonó ácida:

—¿Quién llama?

—Perdone, señor Lee —sonó la voz de la telefonista—. Le pongo con Nueva York. Conferencia.

Respiró hondo. La palabra «Nueva York» le causó alivio. Hubiera dado algo por estar allí de nuevo, aunque posiblemente eso no significaba estar a salvo, ni mucho menos. Pero cuando menos, era su casa. Esperó, impaciente. Seguro que era su editor, pensó, fumando con nerviosismo.

—¿Lee? —sonó una voz lejana en el auricular, difícil por ello de una identificación correcta—. ¿Donald Lee?

—En persona —asintió él, arrugando el ceño—. ¿Con quién hablo? ¿Es la Cadena Editorial Blasón?

—No, no —rió la voz distante—. Soy alguien mucho menos importante que eso. ¿No me conoces?

—Lo siento. La comunicación no es muy buena. Creo conocer esa voz, pero...

—Donald, soy yo, Robin. Robin Reed, ¿entiendes?

—¡Robin! —un suspiro de profundo alivio escapó de su garganta—. Cielos, nunca hubiera imaginado oírte aquí, en Londres. ¿Qué tripa se te ha roto para llamarme? ¿Cómo pudiste localizarme aquí?

—Preguntas demasiado —comentó la voz con jovialidad—. Lo cierto es que una personalidad literaria como Donald Lee es seguida habitualmente de forma minuciosa por las agencias de noticias. Sabemos que vas a escribir otro futuro *best-seller* sobre un tema de actualidad. Eso interesa a mi agencia, que quisiera una amplia entrevista contigo, para difundirla en los más importantes rotativos de Estados Unidos. ¿No es demasiado abusar que apele a nuestra vieja amistad para solicitarte ese favor a tu regreso a Nueva York?

—No, Robin, claro que no. Tu voz, en estos momentos, me sirve de gran consuelo en una ciudad donde no conozco a nadie, exceptuando al dueño del restaurante donde habitualmente voy a comer, y el representante de mi editor en Inglaterra. Claro que te concederé la entrevista, querido amigo. Mañana regreso a Nueva York en un vuelo matinal. Espero encontrarte allí para que charlemos largo y tendido. ¿Adónde puedo dirigirme para encontrarnos?

—No te preocupes. Estaré aguardándote en el aeropuerto apenas sepa el vuelo en que llegas.

—Perfecto. Espera que te dé el número de vuelo y la hora —dejó el teléfono, fue a por el billete y lo consultó, dando esos datos a su amigo de Nueva York—. No faltes, Robin. Es posible que te pueda dar la información del siglo, si todo va bien.

—Eso sería estupendo. ¿Por qué no habría de ir todo bien, Donald?

—Es largo de contar —resopló Lee, humedeciendo sus labios resecos, al mirar por la ventana de nuevo, y clavar sus ojos en un coche oscuro, aparcado frente al hotel, desde el cual acababa de captar el leve destello de las luces vespertinas reflejándose en los cristales de unos binoculares

enfocados hacia su piso. Nuevamente alarmado, dominado por aquel extraño terror que le acompañaba desde Viena, como un seguidor más, y no precisamente el más tranquilizador, se apresuró a decir con voz ronca:

—Robin, estoy asustado...

—¿Cómo dices? ¿He oído bien?

—Sí. Asustado.

—¿Tú asustado? —sonó una carcajada al otro extremo del hilo—. Vamos, vamos, no digas tonterías. Serías el último hombre sobre la Tierra a quien imaginaría presa de un temor cualquiera.

—Pues es lo cierto. No puedo hablarte de ello ahora, pero quizá mañana sea posible, si es que llego vivo a Nueva York.

—Cielos, Donald, ¿qué es lo que estás diciendo? —la voz lejana sonaba confusa, aturdida.

—Ya hablaremos, Robin. De repente he caído en la cuenta de que hay alguien que quizá pueda ayudarme, y mucho: tú. Y no me refiero a la redacción de mi futuro libro, te lo aseguro. Hasta mañana, Robin, amigo mío. No faltes en el aeropuerto.

—Allí estaré, Donald —prometió la voz del reportero en la distancia—. Buen viaje. Y no bebas demasiado whisky escocés. Dicen que transforma a la gente.

Rió su propio chiste como mofándose de los temores de su amigo. Lee colgó, pensativo, la mirada fija en el coche, donde ya no se percibía reflejo alguno de luz. Pero estaba seguro de haberlo visto. Los binoculares le buscaban a él.

Vaciló. Luego, fue a su maleta y la abrió, extrayendo un montón de documentos escritos apresuradamente, blocs de apuntes, agendas repletas de anotaciones y cosas por el estilo. Era todo el material que iba reuniendo para su próximo libro. Extrajo entre todo ello una pequeña cassette. La contempló pensativo.

Después, tomó una decisión. Era sólo una corazonada. Pero la siguió. Porque seguía asustado. Muy asustado. Y sabía que tenía todas las razones del mundo para ello.

Capítulo II

LA noticia estremeció a Robin Reed, corresponsal de la BNA, o British News Agency, cuando conducía su coche por la carretera de Nueva York al Aeropuerto Internacional Kennedy.

El vuelo 703 Londres-Nueva York había sufrido un desastre en pierio vuelo. Las noticias difundidas apresuradamente en el boletín radiofónico hablaban de una explosión en el aire, por causas ignoradas, que había destruido totalmente el aparato. Sus fragmentos flotaban en aguas del Atlántico, y no había supervivientes.

Frenó a un lado de la carretera, horrorizado, sintiendo un repentino y amargo sabor en la boca. Cayó sobre el volante, anonadado.

—Dios, no... —jadeó—. Mi pobre amigo...

Todavía, nerviosamente, consultó sus apuntes, por si había alguna posibilidad de error, y no era el vuelo 703 el que tomara Donald Lee en su viaje de regreso a Estados Unidos. No, no existía tal error. El vuelo era el 703.

Tras unos minutos de total inmovilidad, abrió la guantera del coche y extrajo un frasco—petaca con whisky bourbon. Tomó un trago. Personalmente, prefería el bourbon americano al whisky de su tierra. Era cuestión de gustos nada más, por lo demás, Robin Reed era un perfecto inglés, amante de todo lo de su patria.

Se sintió ligeramente mejor, aunque una punzada dolorosa martilleaba su estómago cuando puso de nuevo el coche en marcha para dirigirse al aeropuerto e indagar nuevas noticias sobre el desastre. Dominó sus náuseas y aceleró.

Desgraciadamente, no había margen a la esperanza. Todo el aeropuerto era una pura confusión. Se le confirmó con tono lúgubre la realidad del suceso. Se confirmaba por desgracia la primera impresión: no había supervivientes. Ni uno solo. Acababan de confirmarlo los aviones y buques de reconocimiento en la zona. Gentes llorosas y desoladas se confundían con otras en crisis de nervios, ante las trágicas noticias relativas a sus parientes y amigos.

Robin abandonó el aeropuerto, cansado, tristemente. Mientras conducía hacia Nueva York, en un regreso sombrío, evocó con un escalofrío las proféticas y extrañas palabras de su amigo, escuchadas a través del teléfono el día anterior:

«No puedo hablarte de ello ahora. Pero quizá mañana sea posible..., si es que llego vivo a Nueva York.»

¿Premonición? ¿Temor? Donald Lee había dicho estar *muy* asustado. Algo que nadie podía recordar de aquel hombre infatigable, duro y correoso como pocos.

Robin Reed siguió conduciendo. Su mente era un confuso tropel de ideas, la radio transmitió un último boletín sobre el desastre aéreo:

—Se sospecha que pudiera haber sido un artefacto explosivo a bordo, y ser por tanto el desastre obra de un acto terrorista...

Eso ya no sorprendió en absoluto a Robin Reed.

* * *

Se sirvió un café. Era el tercero en pocos minutos. Con el vaso de papel encerado en la mano, paseó por la sala donde se hallaban los télex y la terminal de la computadora general de la BNA en Nueva York. El personal de servicio en la sucursal de la agencia se había retirado ya, con excepción de los dos empleados de guardia, situados en la cabina inmediata.

Robin Reed acababa de pulsar el teclado de la computadora, pidiendo toda la información existente en su «memoria» sobre la persona y obra de Donald Lee. Ahora, la máquina emitía un suave zumbido, mientras recopilaba los datos solicitados, y Robin consumía su impaciencia en café solo bien cargado.

Finalmente, un télex comenzó a escribir con rapidez los datos computados, hasta llenar un largo folio, que Reed arrancó con celeridad del rodillo. La máquina electrónica cesó de zumbar. Robin leyó con rapidez hasta encontrar las líneas que le interesaban. Se hallaban casi al final del texto obtenido:

«Últimamente se habla del próximo *best-seller* de Donald Lee, a punto de ser iniciado por el conocido autor, y cuyo trabajo de investigación y preparación, exhaustivo como siempre, se ha iniciado ya anteriormente. Parece ser que la próxima obra del novelista tratará sobre la seria posibilidad de una inminente guerra mundial no de tipo nuclear, sino bacteriológica o de tipo químico, capaz de exterminar a la Tierra. Entre las personalidades entrevistadas por el escritor, se habla del famoso doctor Franz Stroder, austríaco, conocido por sus pesimistas teorías sobre el

inmediato futuro del hombre a causa de desequilibrios graves ecológicos y avances peligrosísimos de las búsquedas de armas químicas por los expertos de las grandes potencias.»

Eso era todo. Con cierto desencanto, Reed dejó a un lado el papel escrito por la computadora. El télex electrónico estaba volviendo a escribir. Arrancó un nuevo texto cuyo contenido, por desgracia, conocía ya por otro conducto:

«Informes no confirmados dan por muerto en accidente aéreo a Donald Lee, a bordo del vuelo 703 Londres-Nueva York, víctima de una explosión en el aire, provocada casi con seguridad absoluta por un atentado terrorista de desconocida filiación.»

Estrujó el papel recién escrito. Se quedó contemplando la hilera de máquinas de télex en reposo y la compleja estructura de la computadora. Una fría ira impotente parecía dominar al joven periodista británico. Recordó emotivamente momentos de tiempo atrás, cuando Donald Lee y él se conocieron en Oriente Medio durante un momento particularmente tenso en las relaciones internacionales, o cuando coincidieron en Afganistán o en Irak en plena contienda bélica de ambos países.

Luego habían coincidido repetidas veces en Nueva York, en diversas reuniones sociales de tipo cultural. Y ello creó a la larga una buena amistad entre ambos. Una amistad rota ahora por la muerte, violenta y trágica, estúpida y cruel.

«Quizá fui la última persona que habló con él en vida —se dijo Robin, saliendo de la estancia con gesto sombrío—. ¿Por qué tenía miedo? ¿Qué quiso decir con todo aquello?

Si había alguien en el mundo que no temía a nada ni a nadie ni sentía preocupación por su futuro, ése era Donald Lee, el creador de *best-sellers*. Y ahora...»

Ahora, estaba muerto. Posiblemente, pensó Robin Reed, nunca tendría respuesta alguna para esas interrogantes.

* * *

Belinda Joyce, del MI-5 británico, Servicio de Contraespionaje de Su Majestad, contempló fijamente a su visitante.

—No esperaba verle por aquí ahora, Dietrich —dijo serenamente.

—Yo tampoco había contado con este súbito viaje a su hermoso país, señorita Joyce —sonrió el rubio alemán con aire ligeramente frívolo, pese a la gravedad que se percibía fácilmente en el tono verde oscuro de sus astutos ojos, fijos en la bella agente británica—. Pero hay motivos serios que me han obligado a ello.

—Lo supongo. ¿Cuál es la causa principal?

—Donald Lee, el escritor americano.

—Lo imaginaba —asintió Belinda Joyce—. Tenemos ya el informe de la aviación civil británica y el de los expertos. ¿También ustedes, Dietrich?

Gunther Dietrich afirmó enfático.

—También. Sabotaje. Un artefacto explosivo a bordo, sin duda con sistema de relojería o de control remoto. Se buscaba asesinar a Donald Lee, estamos seguros en la Alemania Federal.

—¿Por qué tienen esa seguridad? —los azules ojos de la rubia agente inglesa reflejaron astucia, fijos en su colega alemán.

—Porque el doctor Stroder ha desaparecido.

—¿Qué? —Belinda Joyce enarcó sus finas cejas doradas con aire perplejo, inclinándose hacia su visitante.

—Creo que me ha oído perfectamente —sonrió el alemán con cierta ironía—. El doctor Franz Stroder no está en Viena ni en lugar conocido alguno. Nadie sabe nada de su paradero. El Gobierno austríaco ha acusado a agentes soviéticos de raptó. Yo tengo buenos amigos en Moscú que me informan con puntualidad sobre ciertos temas. O en esta ocasión están mal informados... o dicen la pura verdad.

—¿Y cuál es esa pura verdad?

—Que no saben nada de la desaparición del doctor.

—¿Usted qué piensa, personalmente?

—No sé qué pensar. Puede que sea cierto, o puede que el doctor esté prisionero en algún lugar de la Unión Soviética, pero no hay seguridad alguna al respecto.

—¿Y eso qué tendría que ver con la muerte del escritor Donald Lee?

—Quizá mucho. La última visita que recibió el doctor Stroder antes de desaparecer de Viena sin dejar el menor rastro, fue precisamente la de Donald Lee.

—Y ahora, Donald Lee está muerto, y el doctor en paradero desconocido.

—Exacto. Significativo, ¿no? —suspiró el agente de los Servicios de Inteligencia de la

República Federal Alemana, cruzándose de piernas en la confortable butaca del salón de visitas del salón de belleza que Belinda Joyce utilizaba como pantalla de su verdadera profesión. Aquel negocio,

situado en pleno centro de Londres, en la concurrida Oxford Street, resultaba, paradójicamente, una buena inversión, pese a que su objetivo no era precisamente el de ganar dinero. Pero Belinda Joyce, además de agente especial del MI-5, era también una experta en estética y belleza femenina, y la mejor prueba de ello era el excelente éxito de su negocio-tapadera.

—Muy significativo —asintió la joven, paseando por la estancia. Sus tacones apenas si producían ruido sobre la moqueta azul, espesa y suave. Su cuerpo esbelto, ceñido por el uniforme de color gris perla, con detalles rojos, resaltaba bajo el tejido ligero, marcándose la belleza de sus senos y la arrogancia de sus largas piernas y ondulantes caderas.

—¿En qué está pensando? —indagó Gunther Dietrich suavemente.

—En todo eso —suspiró ella—. ¿De qué hablaron Lee y el doctor Stroder?

—Creo que nadie, excepto ellos, lo sabe con exactitud —declaró Dietrich vagamente.

—Pero se puede imaginar, ¿no?

—Por supuesto. Todos podemos imaginarlo sin dificultad. El editor de Donald Lee esperaba un nuevo *best-seller* de los que fabricaba Lee con tanta facilidad. Esta vez, el tema era una posible guerra bacteriológica inmediata, en la que las potencias se enfrentarían con nuevas y devastadoras armas químicas que, posiblemente, existen ya en grandes *stocks*, a punto de ser experimentados a la menor señal de alarma bélica.

—Y el doctor Stroder es un experto en el tema, ¿no?

—El mayor experto del mundo, a mi juicio y el de mi Gobierno —asintió Dietrich gravemente.

—De modo que todo eso puede ser significativo... y revelador también.

—Sí. Revelador. Es la palabra. Eso es lo que nos asusta.

—Y han decidido establecer contacto con nosotros —sonrió con cierta dureza la boca carnosa y sensual de la joven y bella Belinda Joyce.

—Lo consideramos imprescindible, dadas las circunstancias. Donald Lee era norteamericano. Pero éste no es un asunto estricto de nacionalidades, ni mucho menos. Nos afecta por igual a todos. Si la URSS no tiene nada que ver en la desaparición del doctor Stroder... ¿quién participó en ella?

—¿Tal vez los Servicios de Inteligencia norteamericanos? —sugirió suavemente Belinda, con un destello malicioso en sus bellas pupilas celestes.

—¿Por qué no? —sonrió a su vez Gunther Dietrich—. La CIA es lo bastante sibilina como para actuar de ese modo, si ve en peligro sus maniobras y actividades.

—Tan posible es eso, como que sea la KGB quien esté mezclada en el embrollo —dudó Belinda, cautelosa—. No me fío de unos ni de otros.

—Yo tampoco. Por eso creo que debemos intervenir en esto de un modo discreto, en absoluto oficial hasta que tengamos más elementos de juicio. Una vez, usted y yo, señorita Joyce, colaboramos en un feo asunto que afectaba a la seguridad de la OTAN en territorio alemán. Y todo resultó bien entonces. ¿Por qué no podemos cooperar ahora en este posible problema?

—Ni siquiera estamos seguros de que exista el problema, Dietrich.

—Tiene que existir. De otro modo, nadie se preocuparía en volar un avión completo con la sola idea de asesinar al último hombre que se ha entrevistado con el desaparecido doctor Stroder en Viena.

Los ojos azules de Belinda se fijaban en su interlocutor. Movi6 con lentitud, afirmativamente, su rubia cabeza.

—Es posible que tenga raz6n, Dietrich. Pero personalmente, no puedo tomar decisi6n alguna. Debo primero consultar al «viejo», como llamamos afectuosamente en el MI-5 a nuestro jefe de actividades.

—Hágalo. Yo he consultado ya con mis superiores y est6n de acuerdo en que, lo m6s discretamente posible, se investigue el caso. ¿Cu6ndo puedo saber su respuesta?

—Esta misma noche, Dietrich. Ir6 a cenar al Coq D'Or, en Mayfair. A las nueve. Le espero all6.

—No faltar6. Pero recuerde algo por encima de todo, señorita Joyce.

—¿Qu6?

—Si estoy en lo cierto, esto no es ninguna broma. Del mismo modo que han asesinado a Donald Lee y han hecho desaparecer al doctor Stroder... podr6an eliminarnos a los dos sin mucha dificultad.

—Ya lo he pensado —los ojos de ella brillaron peligrosamente, con inusitada dureza y frialdad para una mujer tan joven y atractiva—. Yo siempre pienso en esa posibilidad cuando empiezo a trabajar, Dietrich. Y le aseguro que quien lo intente, tendr6 que ser muy listo. Porque si algo no soy yo, es tonta.

—Lo s6, señorita Joyce —suspir6 Dietrich, incorpor6ndose con la frente amplia surcada de profundas arrugas de preocupaci6n—. Pero los listos tambi6n mueren...

Y con una cort6s inclinaci6n, abandon6 el gabinete del negocio de belleza femenina con un breve y suave:

—Hasta la noche.

* * *

Robin contempl6 con perplejidad el peque6o resguardo contenido en aquel sobre de papel manila, sin membrete, ley6 la direcci6n de nuevo,

para estar seguro de que no se equivocaba.

Ciertamente, iba dirigido a su nombre, a su oficina de Nueva York. El matasellos era de Londres, así como el sello llevaba la efigie de Su Graciosa Majestad, la reina Isabel II de Inglaterra. La letra del sobre, mayúscula y vulgar, no le revelaba nada. Miró el remitente, cosa que ya había hecho antes. El nombre le era perfectamente desconocido: Joseph F. Conway, hotel Piccadilly, Londres.

El resguardo, sin embargo, estaba escrito a su nombre, y correspondía a una caja fuerte del propio hotel. Tenía el número de control 1187. Y la fecha del sello hotelero marcaba justamente la misma en que hablaran telefónicamente él y Donald Lee.

Robin arrugó el ceño, tratando de razonar. No conocía a ningún Joseph F. Conway. No había estado en Londres desde hacía casi un año, y nunca se alojó en el hotel Piccadilly ni en ningún otro, por la sencilla razón de que tenía un apartamento propio en la capital inglesa, cerrado en estos momentos a causa de su prolongada ausencia.

Una luz roja de alerta brilló súbitamente en lo más hondo del cerebro de Robin. Aquel resguardo a su nombre, sólo podía ser utilizado, lógicamente, por él mismo. Un desconocido no podía dejar en custodia algo en Londres, para enviar a un desconocido de Nueva York el resguardo, y quedarse tan tranquilo. La carta era urgente, aunque no certificada, y había llegado por vía aérea en sólo veinticuatro horas. ES que depositó la propiedad en el hotel, era obvio que tenía prisa.

Robin tomó una decisión. Descolgó el teléfono, pidiendo línea con su jefe de la sucursal de la agencia en Nueva York. Apenas puesto en contacto con él, solicitó un permiso especial de una semana para viajar a Londres por motivos familiares, recordando a su superior que aún disponía de unos días pendientes de vacaciones.

Tras objetar algunos puntos, su jefe acabó por autorizarle. Robin llamó a una agencia de viajes, solicitando un billete de avión, a su nombre. Pero sumamente cauteloso, apenas hubo hecho el encargo, salió de la oficina y llamó desde un teléfono público a otra agencia, reservando otro billete a un nombre supuesto en otro vuelo distinto. Retiró ambos billetes una hora más tarde, y se encaminó al aeropuerto, con un ligero equipaje.

Entregó en ventanilla el billete extendido a su nombre, se encaminó al vuelo elegido, e inmediatamente después logró escabullirse, en medio del gentío, cambiando de corredor en la terminal neoyorquina, para dirigirse al otro vuelo, donde se introdujo con rapidez, tras comprobar que nadie le seguía.

El vuelo en que oficialmente viajaba con su nombre, era el 512. Estaba volando, sin embargo, en el 622.

Cuando llegó a Londres, supo que el vuelo 512 Nueva York-Londres,

había sufrido un secuestro por parte de un grupo terrorista no identificado aún, y el avión y sus pasajeros continuaban aún en poder de los secuestradores.

En ese momento, Robin Reed estuvo, seguro de que se acababa de meter hasta el cuello en algo grande. Algo que había comenzado para él con una llamada desde Londres, en vísperas de la trágica muerte de Donald Lee. Y que continuaba ahora, con aquel nuevo incidente aéreo del que Robin estaba bien seguro que era provocado. Y al móvil del secuestro, era él.

Por tanto, estaba en peligro inminente. En peligro de muerte, sin saber siquiera el porqué..., ni lo que estaba buscando en Londres, arriesgando su existencia.

Pero algo le decía que la primera pista podía estar muy cerca. Y, con ella, el motivo de la muerte de su mejor amigo.

Capítulo III

NO hubo objeción alguna en el hotel cuando solicitó el objeto guardado allí a su nombre. El conserje revisó atentamente el resguardo, asintió, y tras una corta ausencia regresó con un pequeño sobre también de papel manila, cerrado y sellado.

—Esto es suyo, señor —dijo cortésmente—. ¿Quiere firmar en el resguardo, por favor?

Lo hizo, comprobando que el sobre contenía algo abultado, rectangular y rígido. Guardó el envoltorio en el bolsillo. Sabía casi con seguridad cuál era el contenido del mismo; tenía todo el aspecto de una cassette de cinta magnética.

Tuvo una rápida idea. Fue a la tienda del hotel, situada frente a recepción, y adquirió una cassette y unas revistas. Con rapidez, mientras le cobraban, desgarró el sobre, cambiando la cassette de su interior por la recién adquirida, con música grabada de Pink Floyd, a la que previamente arrancó con celeridad la cubierta del estuche.

Guardó la cassette obtenida en la caja fuerte del hotel entre las revistas, y cruzó el vestíbulo tranquilamente, camino del exterior, llevando en su bolsillo el leve bulto formado por el sobre con la cassette comercial. Por el camino, un individuo que se hallaba sentado en una de las butacas del vestíbulo, leyendo un ejemplar del *Guardian* se incorporó como casualmente a su paso, tropezó con él, disculpándose, y siguió hacia el fondo del amplio recinto con toda tranquilidad.

Robin dominó a medias una dura sonrisa. Se palpó disimuladamente el bolsillo. Ya no llevaba allí el sobre papel manila con la cassette de Pink Floyd. De no haber ido rápido en la estratagema, la cassette que alguien dejara allí para recogerla él, estaría ahora en manos del individuo que tropezara al levantarse.

Giró la cabeza. No vio ya el menor rastro del individuo. Pero no podía tardar mucho en darse cuenta del cambio, y eso le enfurecería. Para entonces, Robin quería estar lejos de allí.

Salió a la acera, subiendo con rapidez a un taxi. Le dio una dirección. Mientras rodaban hacia Shaftesbury, miró por la ventanilla trasera, sin ver a nadie en pos de él. Pero eso no significaba nada. No se sentía seguro de cosa alguna en absoluto.

—Tome —dijo el taxista, tendiéndole un billete de cinco libras—.

Reduzca la marcha cuando esté llegando a ese semáforo en rojo a punto de cambiar. Yo bajaré del coche. Usted siga camino sin detenerse. Acelere, a ser posible.

El taxista, sorprendido, asintió. Apenas rozaban sus ruedas el paso a nivel en el momento del cambio de semáforo, Robin abrió la portezuela por el lado más lleno de vehículos, y saltó al asfalto, corriendo a la acera. Subió en marcha a un autobús, para bajar de él apenas dobló la esquina inmediata, y se metió en una galería comercial, apresurándose a entrar en una pequeña tienda para adquirir una chuchería. Por el escaparate, miró un par de veces al exterior. Ahora sí estaba seguro de no haber sido seguido.

Salió de la galería por el lado opuesto, cambió dos veces de taxi precavidamente, y al final se encaminó a un alojamiento para estudiantes que conocía, situado en Bentham Hall. Por el camino, adquirió un magnetófono simple, que llevó consigo a la habitación modesta y económica de la residencia.

Momentos más tarde, en la soledad de la misma, estaba escuchando la voz del doctor

Franz Stroder, grabada en la cinta por Donald Lee, durante su entrevista en Viena.

Por vez primera, Robin Reed oyó hablar del «síndrome del Miedo». Y un profundo horror le invadió cuando supo a lo que estaba enfrentándose...

* * *

—El síndrome del Miedo...

—Se le da ese nombre —asintió el alto funcionario del Servicio de Inteligencia de Estados Unidos, mirando con fijeza al presidente de la nación.

—Dios mío... —el más alto mandatario norteamericano mostró profundo horror en su rostro, cansado y cubierto de finas arrugas prematuras, huella de unos pocos años de permanencia en la Casa Blanca. Es una posibilidad espantosa, Davies.

Aaron Davies, uno de los más importantes miembros de los Servicios de Inteligencia e Información de la Presidencia, asintió con grave gesto.

—Es algo más que eso, señor. Es una realidad —dijo sombríamente—. Está empezando a ocurrir ya.

—¿Es posible? —le tembló la voz al presidente.

—Tenemos algunos datos al respecto. Se han detectado hasta ciento diez casos comprobados de la enfermedad de Van Elst en Nueva York.

—Ciento diez... —le miró angustiado—. Son muchos, ¿no?

—Demasiados, señor. La enfermedad es altamente contagiosa. Cada

caso significa, potencialmente, que otros dos lo adquirirán en las próximas veinticuatro horas. Y así sucesivamente.

—Cielos... Más de trescientos mil casos en un día... y más de quinientos en dos.

—Y así progresivamente, reducido tan sólo por las medidas de aislamiento y cuarentena que pueden llevarse a cabo sin provocar la alarma general y, por tanto, el pánico de la población civil, que sería de consecuencias desastrosas para la propagación de la dolencia.

—¿Puede haber sido... una maniobra soviética contra nuestra nación, Davies? —indagó el presidente, paseando agitado por su despacho.

—Lo dudo mucho, señor —se encogió de hombros Davies con aire dubitativo—. Nadie tira piedras contra su propio tejado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Tenemos informes fidedignos de nuestros servicios de espionaje en la Unión Soviética, señor, Al parecer, en Moscú se han detectado cosa de una veintena de casos hasta ahora.

—¿También... también con el síndrome del Miedo?

—También, señor. El Gobierno ruso y su Sanidad j Nacional guardan absoluta reserva sobre el particular, y se considera un verdadero secreto de Estado, pero siempre trasciende algo. La dolencia es, aparentemente, la misma en ambos casos.

—Y sólo se ha producido, por el momento, en Moscú y Nueva York...

—Así es.

—¿No le parece raro?

—Ellos deben pensar lo mismo, puesto que sin duda tendrán también información de lo que nos sucede aquí. En efecto, es muy raro. Los focos de infección se han detectado en dos lugares separados entre sí por una inmensa distancia, sin nada en común entre ambas ciudades. No se han detectado casos, ni siquiera aislados, pongamos por ejemplo, en Washington o Kiev, Chicago o Leningrado, Los Angeles o Tblisi. Y eso sí resulta inexplicable. Aunque, lógicamente, si se permite salir a uno solo de los afectados del área en que se encuentra ahora, la epidemia se extenderá como una mancha de aceite por todo el país.

—¿Los rusos han adoptado medidas?

—Severísimas. Todos los casos conocidos están hospitalizados y bajo control riguroso de sus equipos sanitarios. Ellos pueden manejar mejor esas cosas que nosotros, señor.

—Sí, por supuesto —el presidente contempló desde el balcón la panorámica de los jardines y los edificios de Washington, allá en la distancia—. Procuren, de todos modos, aislar a los afectados, impedir su salida de Nueva York por todos los medios, y a ser posible de sus propios barrios, calles e incluso viviendas, Davies. Pero todo ello sin

provocar escándalo ni publicidad. Sería catastrófico que la noticia llegase al ámbito popular, que el hombre de la calle supiera lo que está ocurriendo...

—Estamos haciendo todo lo posible para controlar la situación, señor presidente —suspiró Aaron Davies—. Ahora sólo falta que ésta no se escape de nuestras manos...

—Y si ello fuera así, ¿qué podríamos hacer? —se lamentó el primer magistrado de la nación americana.

Aaron Davies contempló larga, fríamente, al hombre que tenía en sus manos los destinos de la nación. Y tal vez del mundo, al mismo tiempo.

—Creo que la respuesta sería demasiado horrible, señor —dijo roncamente.

—Démela, de todos modos —el presidente le miró con fijeza.

Davies, sereno, casi glacial, se la dio.

Por un momento, el horror y la incredulidad asomaron al rostro del presidente. Miró a su colaborador como si no diera crédito a lo que había oído. Una repentina palidez se extendió por su fatigada faz.

—No es posible que hable en serio, Davies... —jadeó, aterrado.

—Lo siento, señor. Sería la *única* solución. Terrible, pero única.

—No, no. Yo no puedo nunca llegar a dar semejante orden —rechazó con energía el presidente—. Jamás tomaría tal decisión, ocurriera lo que ocurriese, Davies. Ni creo que lo hiciera en su lugar el primer ministro soviético tampoco, ni todo el Politburó reunido.

—Es posible que no, señor. Pero eso sería un desastre. Si la situación empeora, creo que ambos deberán decidirse, por encima de todo. En cuanto a lo que hagan los rusos, no puedo decir nada. Pero usted, señor presidente..., usted está moralmente obligado a tomar esa espantosa decisión, si todo llega a lo peor. Se lo exigiría el país, el ciudadano norteamericano... todos nosotros.

—¿También usted, amigo Davies? —preguntó tristemente el alto mandatario, mirando con fijeza a su interlocutor.

Aaron Davies bajó la cabeza. Asintió pesadamente.

—También yo, señor —dijo con voz sorda.

El presidente echó a andar con lentitud hacia su butaca. De pronto, había parecido envejecer veinte años. De sus labios escapó una breve frase, lenta y dolorida:

—No, Davies. No lo haría, a pesar de todo... —luego, tras una pausa, añadió con monotonía—: Por favor, utilice el teléfono rojo. Quiero concertar lo antes posible una entrevista personal, en el lugar que él elija, con el primer ministro de la Unión Soviética, Davies.;

Su subordinado le miró con cierta sorpresa. Luego asintió, respetuoso.

—Sí, señor presidente —dijo sin emoción alguna en la voz.

La radio estaba hablando de la devolución del avión secuestrado, el vuelo 512 Nueva York-Londres, por parte de un comando terrorista no identificado, que se había dado a la fuga, tras hacer aterrizar al aparato en una zona desértica del norte de Africa. Los pasajeros se hallaban todos sanos y salvos.

Robin Reed experimentó un cierto alivio por ello. Pero supo que ahora le buscarían más que nunca. *Ellos*, fuesen quienes fuesen, ya sabían que él estaba vivo y en guardia. Que había utilizado ya dos estratagemas para eludir a sus perseguidores, una en el vuelo transatlántico, y otra en la obtención de la cassette en el hotel Picadilly. Después, también había burlado a posibles perseguidores en las calles de Londres.

Pero Robin Reed era periodista, y muy conocido en la capital inglesa. No les resultaría difícil a sus perseguidores localizarle de un modo u otro. Y era evidente que su propósito firme al hacerlo, sería el de eliminarle sin contemplaciones.

Robin creía saber ahora por qué. Conocía el terrible secreto del doctor Stroder. El mismo secreto que le había hecho desaparecer. Y que había causado la muerte del escritor Donald Lee, su amigo. Pero Lee, en su última pirueta audaz, había logrado burlar a los enemigos a quienes sin duda ya temía de antemano.

Era fácil imaginarse su maniobra aquella noche. Debió meter la cassette grabada en un sobre, y la entregó a un botones del hotel, haciéndose pasar por otro huésped. Apenas el botones le entregó el resguardo, lo envió en otro sobre, sin remitente, que introduciría en un buzón de Correos, tras eludir a sus vigilantes un momento. Ello significaba que esperaba morir, como había presagiado ya en su charla telefónica con Robin. Y antes de llegar la muerte, había dejado el secreto en manos de su amigo.

—De modo que es eso... —contempló la cassette, perplejo, moviendo la cabeza con desaliento, casi con incredulidad—. La enfermedad de Van Elst... El síndrome del Miedo, como la llama el doctor Stroder... Dios mío.

Se dejó caer en un asiento de su sencilla habitación de la residencia estudiantil de Bentham Hall. El asunto tenía demasiada magnitud para un simple periodista, pensó alucinado. Pero ¿quién admitiría esa realidad, aun mostrándole la grabación con las voces de Donald Lee y del doctor Stroder? Para los círculos oficiales y gubernativos, Lee tenía fama de sensacionalista, de simple vendedor de libros poco serios y que especulaban con hipotéticas circunstancias no producidas jamás. Todos los «fabricantes» de *best-sellers*, a juicio de los políticos, eran

virtualmente charlatanes aprovechados que explotaban un fácil mercado. No, nadie haría caso de lo que Donald Lee hubiera podido decir. Y en cuanto al doctor Stroder, incluso pondrían en tela de juicio que fuese su voz.

Además, pensó con renovada inquietud, si algún gobierno tenía en su propio suelo algún caso concreto del mal de Van Elst, sería el primer interesado en negar y ocultar la realidad a todo el mundo, empezando por su propio pueblo.

—Es un callejón sin salida —se dijo amargamente—. Nadie va a creermelo, diga lo que diga. Y si publico esto, me acusarían de libelo y de un sinnúmero de cosas más... suponiendo que mis jefes quisieran correr riesgo alguno al publicarlo...

Golpearon suavemente en la puerta. Dejó de reflexionar en voz alta, girando la cabeza hacia la entrada.

—¿Quién es? —preguntó.

—Abra, por favor —dijo una voz juvenil tras la puerta, sin duda la de un muchacho cualquiera de la residencia—. Tiene que llenarme estos impresos un momento. Pura rutina, será sólo un instante.

—Espere. Ya voy —Robin se encaminó a la puerta tras cubrir el magnetófono y su valiosa cassette con un periódico.

Abrió. Inmediatamente, se arrepintió de haberlo hecho tan a la ligera. Pero ya era demasiado tarde para arreglarlo.

El arma con silenciador le encañonaba desde la mano del desconocido erguido ante él, cuyos fríos ojos se clavaban en los suyos inexpresivamente.

—Adentro, señor Reed —dijo con aspereza—. Y no intente gritar o provocar la alarma. No me gustaría tener que ser demasiado brusco con usted... al menos de momento.

Capítulo IV

EL dedo oprimió el botón de funcionamiento del magnetófono. Comenzó a pasar la cinta. La voz de Donald Lee sonó en la grabación. Siguió la del doctor Strodner, con un fuerte acento austríaco, aunque su inglés fuese correcto.

El hombre de la pistola silenciosa escuchaba con la mirada fija en él, sin desviar un ápice el cañón de su persona. Robin Reed, en tensión, esperaba...

Paso a paso, la entrevista de Viena pasó por el magnetófono hasta su fin. En algunos momentos de la misma, pestañeó el hombre armado, pero ésa fue toda su reacción ostensible. Al terminar la charla de ambos hombres en la cinta magnetofónica, siguió un profundo y tenso silencio. Los escuchas se miraron. Robin vio cómo el intruso cerraba el mecanismo con otra presión súbita.

—¿Creyó que podría burlar la persecución, señor Reed? —indagó el visitante armado.

—Sí —Robin se encogió de hombros—. Tuvo que ser muy listo para seguirme.

—Lo soy. Forma parte de mi trabajo —rió entre dientes el otro—. ¿Cuál es su papel en este juego exactamente?

—¿Es que usted no lo sabe? —objetó Robin sarcástico.

—No estoy totalmente seguro de ello. Sé que usted fue amigo personal de Donald Lee, y que éste hizo una llamada transatlántica a Nueva York la víspera de su muerte a bordo del avión siniestrado. Usted era quien comunicó con él esa llamada.

—Está muy bien informado —la ironía asomó a las palabras de Robin.

—También ése es mi trabajo —sonrió duramente el intruso, mirando pensativo hacia el magnetófono—. ¿Cómo pudo salvar esa cinta? Imagino que intentaron quitárselo por varios procedimientos...

—Lo intentaron. Pero aunque ése no es mi trabajo, también sé tomar mis precauciones contra cierta clase de maniobras sucias. Sólo lamento haber confiado demasiado en mi astucia. Creí haber burlado a todos ustedes al venirme hoy aquí.

—Usted es sólo un aficionado, aunque notable —rió el visitante—. Yo soy profesional, señor Reed. Y mis colaboradores también. Tendimos

bien las redes, apenas supe que usted llegaba a Londres.

—Yo llegaba en otro vuelo —comentó Reed, irónico.

—Oh, sí, el famoso vuelo 512, secuestrado en pleno viaje —soltó el otro una suave carcajada—. Fue un buen truco, pero no es la primera vez que se utiliza. Pensamos en ello y montamos doble vigilancia en dos vuelos: el 512 y el 622. Teníamos su fotografía y datos, de modo que pudimos localizarle y montar el cerco en torno suyo. Llegamos a temer que el tipo del *Guardian* le robase la cassette. Se nos escapó de entre las manos como una anguila en un cubo de agua, porque él también era profesional y de los buenos. Usted hizo algo realmente soberbio: burló a un experto, engañándole con una cassette vulgar. Le felicito por ese alarde. Pero al pensar en su posibilidad, continuamos el cerco sobre usted. Nos costó seguirle, lo confieso. Lo hizo muy bien en el taxi. Engañó a otros seguidores. Pero no a nosotros. Tampoco lo de la galería comercial y los otros taxis sirvió. Lo seguí hasta aquí. Confieso que me quedé yo solo. Un truco más y se hubiera escabullido lamentablemente.

—Lo siento —suspiró Robin—. La próxima vez lo tendré en cuenta.

—Podría no haber una segunda vez para usted, ¿lo ha pensado?

—Sí. Pero si pensara matarme, ¿no lo habría hecho ya?

—Es posible que tenga razón —sacó la cassette del magnetófono con brusquedad. La agitó en el aire—. ¿Qué piensa hacer con esto ahora?

—No lo sé. Ni siquiera es ya mía. La posee usted. Yo no llevo armas.

—Ese es un error cuando se juega fuerte con gente dispuesta a todo. ¿Sabe que su amigo Lee fue asesinado?

—Sí.

—¿Y que el doctor Stroder ha desaparecido?

—Sí.

—¿Y que el vuelo 512 fue secuestrado con la idea de matarle a usted?

—Sí.

—Entonces, amigo, si después de todo esto no lleva un arma encima, es que está rematadamente loco —farfulló el intruso. E inesperadamente, arrojó sus manos la pistola con silenciador que él llevaba. Robin alzó su propia diestra, tomándola en el aire, lleno de asombro—. Tome la mía. Yo llevo otra, señor Reed.

—Pero no entiendo... —Robin miró el arma, perplejo—. ¿No vino a matarme?

—¿Quién ha dicho eso? —sonrió el intruso—. Me llamo Gunther Dietrich y trabajo para el Servicio de Inteligencia de la República Federal Alemana. De haber sido uno de sus enemigos, usted ya estaría muerto.

—Espero aprender la lección —Robin le contempló perplejo, mientras el visitante le mostraba la credencial acreditativa de su

identidad. Luego, miró a las verdes pupilas del joven y rubio desconocido—. ¿Ya saben en Alemania lo del «síndrome del Miedo»?

—Sólo lo sospechábamos. Esta es la certeza absoluta —agitó la cassette.

—¿Convencerá a su gobierno con ella?

—Lo intentaré, al menos. Ellos están predispuestos a creer de todos modos. No estoy solo en el asunto. Tengo buenos colaboradores en su país.

—¿También el Servicio Secreto británico será fácil de convencer?

—No es absolutamente seguro. Pero, cuando menos, uno de los agentes está convencido de antemano. Cuando oiga esta grabación, ya no tendrá duda alguna.

—Me temo que para muchas personas esta grabación no es ninguna prueba, Dietrich. Dirán que puede ser una manipulación grotesca de Donald Lee. O un truco de sus editores para sacar beneficios comerciales de su trágica muerte... Con el doctor Stroder desaparecido, esa grabación tiene poca consistencia.

—Lo sé. No he dicho que vayamos a convencer al Gobierno británico de que existe un peligro cierto que está ya en marcha. Nos bastaría con poder trabajar sobre una base sólida, con la mayor rapidez posible, para demostrar al mundo lo que sucede. Y, sobre todo, lo que está a punto de suceder.

—De modo que Donald Lee murió por nada... Su preciosa cassette no vale lo más mínimo, ¿no es cierto?

—Por el contrario. A usted y a mí nos ha demostrado que sí vale. Que es algo más que un simple temor o sospecha. El síndrome del Miedo existe. Hemos de demostrar a todo el mundo que aún se puede evitar lo peor. Es un mal, una enfermedad de origen desconocido. Usted ha oído lo que dijo el doctor Stroder de ella, como experto en la materia: podría tratarse de un mal degenerativo del ser humano, provocado por un desequilibrio ecológico... o por un virus de origen artificial, un producto bueno de la guerra bacteriológica, escapado por error o lanzado intencionadamente sobre la población. En Nueva York existen casos comprobados de este mal. En Moscú, me consta que también. Ambos gobiernos guardan absoluto silencio al respecto. Los Ministerios de Sanidad niegan toda existencia de una epidemia desconocida. Pero ésta existe. ¿Por qué callan todos? ¿Qué se está haciendo al respecto? ¿En qué terminará el llamado «mal de Van Elst»? Esas son las interrogantes que deben ser contestadas lo antes posible, por impopular que la medida resulte para los gobiernos de Washington y del Kremlin, amigo Reed.

—Creo que estamos de acuerdo en todo usted y yo —suspiró Reed cansadamente—. Pero ¿cómo vamos a intentarlo? Hay alguien

interesado en que esto no llegue a ver la luz como evidencia.

—Eso es obvio —asintió Gunther Dietrich—. Lo cual me confirma la existencia de un factor humano intencionado en la cuestión. Los motivos de esa maniobra los ignoro. Pero me asusta la idea de que alguien haya lanzado esta plaga sobre el mundo. La intención final tiene que ser, forzosamente, diabólica.

—En resumen, ¿qué vamos a hacer, Dietrich?

—No lo sé. En primer lugar, llevar esta grabación a que la escuche alguien que puede sernos de mucha ayuda. Usted se ha ganado el derecho de conocer a esa persona y a colaborar, si lo desea, con nosotros —le miró largamente, antes de indagar—. Porque supongo que quiere seguir adelante con todo esto, ¿verdad?

—Hasta el fin. Para eso he venido a Londres.

—¿Por vengar a un amigo muerto?

—Seguramente sólo por eso. Pero dada la magnitud de los hechos... también para intentar salvar vidas humanas. Muchas vidas, posiblemente.

—Demasiadas, diría yo —suspiró Dietrich amargamente, poniéndose en pie—. Vamos, amigo mío. ¿Guardo yo la cassette?

—Sí, por favor —sonrió Robin—. Empiezo a confiar en usted.

—Eso es muy amable por su parte —guardó la grabación y palmeó cordialmente el joven reportero británico—. Vamos. Cuanto antes obremos, tanto mejor.

Salieron de la habitación de Reed en el alojamiento estudiantil. Alcanzaron la calle. Dietrich miró a uno y a otro lado, antes de dirigirse al automóvil deportivo, color marrón metálico, parado ante la casa. Al parecer, no había indicio sospechoso alguno alrededor.

—Vamos allá —invitó Dietrich, abriendo la portezuela del coche y metiendo la llave en el encendido del motor—. Una bella dama llamada Belinda nos espera. Usted pensará al verla que es una joven adorable y superficial. Pero no se fíe de las apariencias, porque ella será quien nos ayude a...

Mientras Robin daba la vuelta al coche para sentarse en el asiento izquierdo del coche, junto a su conductor, éste giró la llave, para dar marcha al motor de su potente y moderno vehículo.

Eso salvó su vida. De repente, el coche se convirtió en una tremenda bola de fuego y humo, la calle se llenó con el estampido horrisono de motor y carrocería, que saltaron en mil pedazos, convertido todo en chatarra, mezclada con restos humanos sangrantes, mientras el cuerpo de Robin Reed saltaba por los aires, despedido por la onda explosiva, y salpicado por fragmentos de metal candente que rasgaban sus ropas y carne. Cayó ensangrentado, contra la verja de otro edificio, mientras una columna de denso humo se elevaba del lugar donde, poco antes, se

hallaba Gunther Dietrich, de los Servicios de Inteligencia de la República Federal Alemana, a bordo de su lujoso deportivo marrón metálico.

La confusión en la zona fue total. Borrosamente, Robin Reed, mientras pugnaba por mantenerse consciente, dominado por el agudo dolor de varias de sus heridas ensangrentadas, captó la presencia de un transeúnte que, rápido, se inclinaba sobre él, registrando velozmente los bolsillos. Intentó oponerse, pero estaba demasiado débil y cayó de espaldas. El registro siguió en sus ropas. Al final, el individuo se alejó a la carrera, mezclándose con la asustada multitud que se reunía ya en el lugar del siniestro. Evidentemente, no había hallado nada sobre el herido, pero eso no parecía contrariarle demasiado.

Robin se hundió inmediatamente después en la negra sima de las tinieblas, y estuvo seguro de que aquello era la muerte.

* * *

John Van Elst levantó los ojos del documento. Miró a los dos hombres que le habían citado a su presencia. Estaba intensamente pálido.

—Dios mío... —susurró—. De modo que es cierto.

Asintió el presidente de Estados Unidos. Corroboró el hecho el primer ministro soviético con una leve afirmación de cabeza.

—Es cierto —dijo el primero—. La epidemia crece en Nueva York.

—Y en Moscú —confirmó el ruso.

—¿Sólo en esas dos grandes ciudades? —se asombró el investigador biológico holandés.

—Exacto. Sólo en esas dos grandes ciudades —asintió el presidente norteamericano.

—Eso me suena intencionado. Alguien ha liberado el «virus Van Elst», señores.

—Eso es lo que sospechábamos —admitió el soviético—. ¿Pero quién? Ambos somos los perjudicados.

—¿Acaso China, para provocar una guerra? —sugirió el holandés, nervioso.

—No, no lo creemos —rechazó el ruso—. No hay la menor evidencia de tal cosa.

—Nuestros servicios de Inteligencia en China hubiesen detectado una maniobra de tal magnitud —añadió el presidente norteamericano—. No, no. Ni siquiera creo que posean un *stock* de ese tipo de arma bacteriológica, profesor Van Elst.

—Les dije en su día que ese virus localizado, aislado y artificialmente producido con posterioridad, podía ser fatal para el mundo, caballeros —sentenció Van Elst, poniéndose en pie lentamente—. Yo lo descubrí y

se le dio mi nombre. Me dio miedo imaginar que un día pudiera ser utilizado contra el ser humano. Ese momento ha llegado, por desgracia para todos. Nunca debieron almacenar esa arma como posible medio de disuasión contra un adversario. Era un arma que se podía volver contra ustedes mismos, señores. ¿Qué piensan hacer ahora?

—¿Qué se puede hacer, exactamente? —quiso saber el premier ruso con tono duro.

Van Elst les miró con trágica expresión de amargura e ironía. Se encogió de hombros y habló con fatalismo:

—¿Ustedes qué creen? Saben muy bien ambos cuál es la *única* posibilidad de frenar el avance de ese virus. ¿Cuántos casos existen ya de censados en Nueva York, señor presidente?

—Un millón ciento cincuenta mil —jadeó el alto mandatario americano.

—Dios... —tembló Van Elst, aferrándose con una mano crispada la barbilla—. ¿Y en Moscú, señor primer ministro?

—Ochocientos veinticinco mil es la última cifra dada por Sanidad —sentenció hoscamente el soviético, inclinando la cabeza.

—Entonces, ustedes saben que no hay otro remedio. Es cuestión de horas. Mañana, pese a todas las medidas preventivas y de aislamiento, esa cifra se habrá duplicado cuanto menos. Es el fin. El fin de dos grandes comunidades. El terror se iniciará pronto. ¿Las defunciones, por ahora?

—Doscientos ochenta y siete mil, en números redondos —sonó la voz del americano.

—Ciento setenta y una mil —coreó el ruso, sombrío.

—En tal caso, es hora de tomar la terrible decisión, caballeros.

—¡No! —gritó el ruso.

—Dios, no, profesor... —gimió el americano.

—Es *inevitable* que lo hagan los dos. Resuelvan. No podrán sostener más de uno o dos días esta situación. El pánico extenderá a los enfermos por todo el país. Y la plaga, la nueva peste que azotará a la Humanidad, será como la de la Edad Media, y lo asolará todo. El apocalipsis habrá llegado... por culpa de todos ustedes.

—¡Yo no arrojé el arma letal sobre América! —protestó el soviético.

—¡Ni yo sobre la Unión Soviética! —replicó el presidente americano.

—Lo sé, lo sé. Tal vez ustedes obren de buena fe, señores. Pero me han llamado para que les dé una solución. Conozco bien el virus que yo mismo descubrí. Sé cuáles son sus efectos. El miedo, el terror, el primer síntoma. Luego, la locura... y finalmente la muerte. Una muerte lenta y horrible. Pero irreversible también. Decidan. Les quedan pocas horas. Muy pocas. Ambos saben cuál es la única solución posible. Tienen poco donde escoger. Muy poco.

Y abandonando en silencio la reunión, dejando a ambos estadistas, el uno frente al otro, mirándose aturdidos, sobrecogidos, aterrados.

Porque ambos sabían cuál era la única solución para salvar al mundo del «mal de Van Elst», iniciado con el síndrome del Miedo.

Y esa solución era tan terrorífica como el propio mal.

Capítulo V

MIRÓ en derredor con aire ausente. Todo cuanto veía era blanco.

Tardó algún tiempo en ir comprendiendo y recordando. Se sentía torpe y aturdido, como si su cerebro estuviese acorchado y sus ideas embotadas por alguna ignorada razón. Después, con lentitud, empezó a recuperar la noción de las cosas, paso a paso.

Evocó el terrible siniestro del coche deportivo, su cuerpo proyectado por la onda explosiva, el contacto de unas manos en sus ropas, buscando algo que no encontraron, por la sencilla razón de que la víctima del atentado lo llevaba consigo: la cassette de Donald Lee. La única evidencia cierta del «mal de Van Elst». La prueba de un gran desastre.

Ahora, esa prueba ya no existía. Y Gunther Dietrich, el joven agente alemán, tampoco. Alguien, sin duda la misma misteriosa mano que había asesinado a Donald Lee, se había encargado de eliminar al agente especial de la República Federal Alemana. Y él mismo no estaba muerto ahora por puro milagro. Si Dietrich hubiese accionado la llave del encendido unos segundos después, las víctimas serían dos. Y Robin Reed no existiría.

Ahora se estaba recuperando, sin duda, de los efectos de la onda expansiva. En un centro hospitalario adonde debieron conducirlo tras el suceso. No podía deducir absolutamente nada más.

—Tiene visita, señor Reed.

Miró sorprendido a la enfermera que asomaba discretamente por la puerta de su habitación. Le costó trabajo ordenar sus ideas y ver lo inconsciente de ese aviso y tal vez lo peligroso del mismo, dado que no recordaba a nadie que pudiera ir a verle al hospital.

—¿Visita? —repitió, perplejo—. ¿Está segura de eso, enfermera? No tengo familia en Londres. Y los amigos tampoco conocen mi presencia en la ciudad...

—Pues aun así, tiene visita —insistió ella con una maliciosa sonrisa—. Y seguramente va a ser muy grata para usted...

Se apartó, saliendo al corredor. Alguien apareció en el marco de la entrada, mirándole fijamente. Robin se incorporó, desconcertado, en la cama de blanco metal esmaltado. Contempló a su visitante. Pestañeó.

—¿Seguro que no se equivoca, señorita? —preguntó.

La mujer del umbral le miró fríamente, aunque se dibujó una suave

sonrisa en sus carnosos labios. Se limitó a responder con firmeza:

—Usted es Robin Reed, ¿no es cierto?

—Sí —asintió él, desorientado.

—Entonces, evidentemente, no hay error. He venido a verle a usted.

Entró en la habitación con firme taconeo. Era esbelta, bien formada, de bella figura y atractivo rostro. Rubia, de azules ojos y boca gordezuela. Una mujer encantadora, pensó Robin. Y de un poder de sugestión sorprendente.

—Sigo sin entenderlo —gimió Robin—. No creo padecer amnesia. ¿Nos hemos visto alguna vez?

—Creo que no —suspiró ella, tras comprobar con una mirada de soslayo que la enfermera, prudentemente, les había dejado solos—. Es la primera vez que nos vemos.

—¿Entonces...?

—Mi nombre es Belinda. Belinda Joyce. ¿Alguien le habló de mí?

—Pues... mucho me temo que no, señorita Joyce.

—Entonces le hablarían de un agente, sin especificar más. Un agente británico —y puso bruscamente ante sus narices una credencial que extrajo de su bolso. Reed captó el brillo pavonado de un arma de fuego en el fondo de ese bolso, antes de mirar fijamente el documento de identificación. Correspondía al MI-5, Cuerpo de Contraespionaje del Gobierno británico, dependiente del Ministerio de Defensa.

Asintió, empezando a comprender.

—Un agente británico confiaba en Gunther Dietrich —recordó lentamente—. ¿Era usted? Ahora recuerdo que nombró a una Belinda, antes de morir.

—Sí, era yo —el rostro de ella se nubló, mientras ocultaba su credencial—. Pobre Dietrich...

—Fue una canallada —silabeó Reed—. Pusieron algo en su coche, que detonaba con el encendido del motor... Estuve a punto de morir con él.

—Sé todo eso. Usted es el amigo de Donald Lee, ¿no?

—Exacto.

—¿Tiene la cassette?

Robin contempló desolado a la joven agente inglesa. Meneó negativamente la cabeza al responder:

—La llevaba Dietrich cuando ocurrió aquello. Ya puede imaginar el resto...

—Sí —ella bajó la cabeza, con el rostro ensombrecido—. Lo imagino. ¿Ninguna copia? —No se me ocurrió. Realmente, no tuve tiempo de más. Dietrich era muy astuto. Me encontré enseguida.

—Pero no supo salvar su piel. Este es un juego feroz, Reed.

—Empiezo a darme cuenta de ello. ¿Contra quién luchamos, exactamente?

—No lo sé. Puede que contra la URSS. Puede que contra la CIA de su país. O contra ninguna de ellas.

Todavía estoy en tinieblas. ¿Era una evidencia aquella cassette?

—¡Y tan evidencia! Alguien me registró al caer yo herido a tierra. Buscaban la grabación, por si no la llevaba Dietrich al morir.

—Entiendo. Ahora deben estar más tranquilos. Saben que no hay pruebas. No podemos convencer a nadie de nada. ¿Qué decía esa grabación, Reed?

—Lo que Dietrich sospechaba. Hay algo suelto que puede acabar con todos. Usted sabe lo que es.

—¿El «mal de Van Elst»?

—Sí.

—¿Cómo evoluciona el mal, exactamente?

—Como Dietrich y usted suponían. Primero es un intenso dolor de cabeza. Luego, un miedo súbito, irreflexivo, irracional. Un miedo que todo lo supera. El afectado siente terror de todo, intenta huir de cuanto le rodea. Posteriormente llega la locura... y por fin la muerte, en una lenta agonía, con indicios de meningitis aguda y parálisis cerebral progresiva. Esa enfermedad la descubrió Johan van Elst, un biólogo holandés. Está producida por un virus que ataca al cerebro, dañando determinadas zonas de la conducta primero, y puntos vitales después.

—¿Un virus natural?

—En principio, sí. Ese virus, sin embargo, ha sido cultivado en laboratorios, según el doctor Franz Stroder. Y se ha comprobado que es sumamente fácil liberarlo en cualquier gran núcleo urbano. Una pequeña dosis de virus libres, bastan para extender la mortal epidemia. No tienen antídoto conocido, se propagan en el aire y se absorben por las vías respiratorias y por contagio fulminante con otros afectados. Es el medio ideal imaginado por los químicos de los Departamentos de Defensa para exterminar ciudades y ejércitos enemigos en caso de guerra.

—Es horrible —se estremeció Belinda Joyce, cerrando sus bellos ojos azules—. El síndrome del miedo...

—Sí. Es el síntoma más claro, porque los dolores de cabeza son semejantes a los de cualquier neuralgia intensa o una jaqueca. Luego, indefectiblemente, aparece el miedo a todo en el enfermo, cuando el virus daña una de las zonas de la conducta en el cerebro, donde se aposenta inicialmente para desarrollarse.

—Y alguien ha lanzado ya ese virus en alguna parte...

—El doctor Stroder está seguro de ello. Donald Lee parecía estarlo también.

—Y nosotros también —corroboró Belinda con amargura—. Hay pruebas de que existen casos aislados y los casos detectados se silencian rigurosamente. La actual ola de calor en Nueva York, sirve al Departamento de Salubridad para excusar ciertas dolencias como motivadas por el alto grado de insolación y las elevadas temperaturas. En la URSS no tienen ese problema. Simplemente, no dicen ni justifican nada. Ellos pueden permitirse el lujo de mantener secreto cualquier hecho semejante.

—Hay que informar al mundo de lo que ocurre. Y si los gobiernos están equivocados o creen que esa dolencia no se está produciendo, convencerles de lo contrario. No creo que el presidente de los Estados Unidos ni el primer ministro soviético sean capaces de cerrar los ojos a la realidad y no tomar medidas.

—Ahí está lo malo del caso, Reed: que no existen medidas. Ya le dije que no hay antídoto conocido, que la enfermedad se extiende con rapidez imparable, y que una vez declarada la epidemia, no hay medio humano capaz de detenerla o aislarla.

—De modo que estamos ante una situación límite de consecuencias imprevisibles, y nadie mueve un dedo por enfrentarse a ella...

—Esas son nuestras sospechas, en efecto —le miró fija, largamente—. ¿Qué piensa hacer cuando salga de aquí, Reed?

—No lo sé —confesó él amargamente, encogiéndose de hombros—. Voy a regresar, en principio, a Estados Unidos. A Nueva York, en concreto.

—Eso puede ser muy peligroso. Y no sólo por la enfermedad en sí...

—Lo sé. Pero debo hacer algo. En Londres no me queda ya mucho por intentar, señorita Joyce...

—¿Quiere seguir la tarea de Dietrich, ayudando al MI-5 británico, como ciudadano inglés que es usted y, al mismo tiempo, al mundo entero que está tal vez abocado a un desastre sin precedentes, Reed? —le preguntó ella.

—Quisiera hacerlo —asintió Robin con energía—. Por mi amigo Lee y por el propio Dietrich. Detesto a los asesinos. Sean ellos quienes sean, son mis enemigos. Me gustaría vengar a esos dos buenos amigos.

—Eso no será tan sencillo. Creo que nos enfrentamos a poderes oscuros y siniestros que van mucho más lejos de lo que usted o yo podamos hacer. Recuerde que, oficialmente, el MI-5 no ha iniciado tarea alguna porque carece de evidencias. Estamos trabajando casi clandestinamente en esto. Sólo el Gobierno alemán desea que se llegue hasta el fondo de la cuestión, pero su representante, Gunther Dietrich, ha muerto en el empeño, e ignoro lo que resolverán ahora los sistemas de Inteligencia de la República Federal Alemana.

—Aun así, quisiera intentarlo, señorita Joyce.

—Llámeme Belinda —ella sonrió, sentándose al borde del lecho y apoyando una mano en el brazo de Robin, sobre el embozo. Este advirtió de una ojeada, al cruzar ella sus piernas, que tenía unas bonitas pantorrillas y un hermoso inicio de sus muslos—. Vamos a ser camaradas en esto, después de todo, para bien o para mal.

—Bien, Belinda. ¿Qué es lo que podría hacer en Nueva York, apenas llegue allí?

—Investigar. Tratar de conocer el número de afectados, detectar las zonas controladas por las autoridades norteamericanas. Tal vez se hayan inventado una epidemia benigna de cualquier cosa, para no aterrorizar a la nación. Averigüe todo al respecto. Y manténgame informada aquí, en Londres. Pero sobre todo, no se aproxime a ningún foco de infección ni se relacione con personas que sufran el síndrome del miedo, recuérdelo bien. O nadie podrá hacer ya nada por usted.

—De acuerdo, Belinda. Mi regreso no puede hacer sospechar a nadie. Estoy destinado en Nueva York por mi agencia de noticias, y eso basta. Pero de todos modos, ahora saben que yo estoy enterado de demasiadas cosas, y me vigilarán, por si intento algo.

—Hemos de contar con eso. Obre con la máxima prudencia. Y trate de saber si el presidente sabe algo. A veces, estas situaciones son controladas por los organismos del Estado, sin dar cuenta a las alturas. Sobre todo, si alguno de esos organismos es responsable del desastre.

Robin Reed asintió, mientras contemplaba a la bella joven con aire sorprendido.

—Creí que sólo en el cine eran hermosas las espías —comentó con humor.

—A veces, también en la vida real —sonrió a su vez Belinda—. Pero, ciertamente, ahí termina todo parecido con la ficción. Nuestros recursos no son los de un James Bond o una Modesty Blaise, se lo aseguro.

—La creo —rió Robin Reed—. Y ésa es nuestra desgracia ahora, ¿no es cierto?

—Sí —admitió ella, encogiéndose de hombros—. Supongo que sí, amigo Robin.

* * *

El vuelo Londres-Nueva York no tuvo novedad alguna. Robin no había tomado en esta ocasión precaución alguna, y obró con total normalidad. Daba la impresión de ser un fracasado que, tras intentar algo superior a sus fuerzas, regresaba a casa sin demasiado éxito en sus alforjas. En realidad, eso era cierto. Pero él procuró cargar las tintas adecuadamente.

Supo que le seguían hasta el aeropuerto. Y que alguien, de entre los

viajeros del avión, era también una escolta suya secreta, con la intención de no perderle de vista ni un segundo. En ningún instante intentó eludir; la vigilancia. Esto daría la impresión a sus adversarios de que, tras la muerte de Gunther Dietrich, Robin Reed había renunciado a la lucha.

Apenas llegaba a Nueva York, se presentó en las oficinas de la BNA en Broadway. La ola de calor continuaba en la ciudad, y la prensa hablaba brevemente de numerosos casos de deshidratación, insolación y enfermedades intestinales en la urbe. También, según un cronista, se habían detectado por Salubridad algunos casos de tifoideas por el exceso de temperatura. Pero todo estaba controlado debidamente.

Sonrió Robin con amargura ante esa noticia aparentemente trivial. Sabía la clase de epidemia que trataban de controlar en algunos barrios neoyorquinos. Y tifoideas no era su nombre, precisamente. Pero no podía probar nada.

Sus compañeros se sorprendieron de que su estancia en Londres hubiera sido más breve de lo anunciado, pero él restó importancia a eso, quejándose de la humedad de su ciudad natal y de lo aburrido que había estado durante su ausencia.

Estaba redactando una columna sobre ciertas noticias internacionales llegadas por el télex, cuando le anunciaron la llegada de un certificado a su nombre.

Sorprendido, firmó el comprobante y se quedó mirando la carta sin membrete que tenía entre sus manos. Tenía su nombre mecanografiado, y era enviada por medio de una agencia de correspondencia urbana y recaderos. Rasgó el sobre. Extrajo un pliego doblado, igualmente mecanografiado y sin firma.

Comenzó a leer, interesándose más y más por el contenido:

Señor Reed:

Sabemos de su viaje a Londres y de su regreso. Ignoramos si ha resuelto dejar de jugar a los espías. Por su bien esperamos que sea así. Ya sabe lo que le ocurrió a su amigo alemán por ir demasiado lejos.

No somos unos asesinos ni queremos eliminar inútilmente a nadie. Sólo pretendemos que lo que se mantiene en secreto, siga así hasta resolver satisfactoriamente la situación sin provocar un pánico general de imprevisibles consecuencias.

Pero no dude que si insiste usted en descubrir la verdad ante la opinión pública, tendremos que deshacernos de usted. Y sabe que podemos hacerlo, vaya usted adonde vaya. Nuestros brazos son muy largos, y la legalidad está con nosotros. Creo que sabrá quiénes somos, más o menos.

No juegue con su vida, señor Reed. No corra riesgos estúpidos. Usted no puede resolver la situación. Nosotros, sí. Estamos a punto de hacerlo. No se interfiere. Hay en juego mucho más que una, dos o cien vidas humanas, puede creernos.

Está avisado. Es la última advertencia. La próxima vez, seguirá el camino de sus amigos Lee y Dietrich. Piénselo bien. No podemos permitirnos el lujo de que la noticia se propague. Lo mejor es mantenerla oculta.

Piénselo, Reed. Y sea sensato.

Robin se quedó pensativo, sosteniendo aquel papel entre sus manos. Una fría, helada ira le invadía. Sus sospechas empezaban a materializarse, desgraciadamente. No se trataba sólo de una situación altamente peligrosa. Había intereses de Estado por medio.

Aquel mensaje no especificaba, pero insinuaba claras cosas. Algún departamento oficial estaba tras él. Tenía a un poder legal y oficial de la propia Administración en contra suya, no importaba el que fuese. No podía luchar solo contra Estados Unidos. Y estaba seguro de que también algún brazo político ejecutivo de la URSS, asociado al de Estados Unidos, actuaría contra él o contra quien fuese, llegado el caso.

Demasiado difícil. Nadie puede derrotar por sí solo a dos potencias, a dos colosos. Sabía lo que son los cuerpos de inteligencia y alta Seguridad del Estado en cualquier país. No vacilan en eliminar cualquier estorbo. La piedad no se cuenta entre sus virtudes.

Lo extraño es que le enviaran aquella carta y no se lo dijeran telefónicamente o a través de un emisario. Un mensaje escrito era demasiado comprometido...

Pronto comprendió la razón. Cuando estaba releiendo la advertencia anónima, ocurrió.

Las líneas mecanografiadas comenzaron a diluirse, a borrarse por sí solas, dejando paulatinamente el papel en blanco entre sus manos, línea a línea.

La carta había sido escrita con tinta simpática, usando una cinta especial, y ahora esa tinta se borraba lentamente, al estar determinado tiempo en contacto con el aire.

Cosa de veinte segundos más tarde, sostenía solamente un papel del todo blanco, sin huella alguna de escritura en su superficie. Irritado, estrujó la hoja, arrojándola a una papelería.

Se sentía roto, vencido, impotente. Y ésa era una incómoda, dolorosa sensación, cuando uno quería hacer justicia en dos asesinatos y descubrir al mundo lo que estaba ocurriendo, sin que los afectados lo supieran.

Capítulo VI

ROBIN Reed abandonó la oficina telegráfica con expresión abatida. Miró hacia la calle saturada de tráfico, bajo el implacable sol del verano neoyorquino, que convertía en un horno los desfiladeros de cemento y acero.

Se sentía despreciable por haber enviado aquel telegrama a Londres. Y, sin embargo, no tenía otro remedio, si quería ser honesto con la muchacha inglesa. El texto había sido breve y expresivo. Ella lo entendería, aunque tal vez le llamara cobarde:

Imposible seguir tarea iniciada. He cambiado de idea. Lo siento. Saludos,

Robin.

Era una claudicación. El reconocimiento de su fracaso. Y de su miedo. El, como los afectados de los virus de Van Elst, tenía miedo. Pero el suyo no era un miedo irracional y enfermizo, sino secreto y preciso. Miedo a su impotencia ya su debilidad. Miedo a enfrentarse con un poder de magnitud incalculable que podía aplastarle como a una alimaña sin apenas molestarse.

Estaba seguro de que alguien sabría enseguida el mensaje telegráfico enviado a Londres. Ciertos departamentos oficiales tienen fácil acceso a los medios de comunicación telegráfica o postal. Por ejemplo, la CIA o el FBI. Él no sabía siquiera quiénes eran ahora sus enemigos mortales. Pero estaban demasiado arriba para alcanzarles en un esfuerzo desesperado, y era mejor renunciar a la lucha.

Se metió en una cafetería, Comió algo sin apetito, y regresó a la agencia de noticias. Ralph Jordan, su compañero de trabajo habitual, estaba escribiendo velozmente en una máquina de escribir electrónica, y apenas sí le dirigió una leve inclinación de cabeza al verle entrar.

Robin se sentó a su mesa, empezando a ordenar cansadamente el material recibido en la agencia hasta aquel momento. Por los altos ventanales del edificio, de vidrio con filtro solar, podía verse el disco del sol, como una lámina de fuego suspendida sobre la ciudad. La temperatura allí dentro era grata, gracias al aire acondicionado. Pero en

las calles era infernal.

—Ese maldito dolor... —se quejó Jordan, dejando de escribir.

Robin le miró, pensativo, alzando la cabeza de sus papeles.

—¿Qué te ocurre? —indagó.

—La cabeza... —Jordan se tocó las sienes—. No puedo soportarlo. Llevo toda la mañana con una jaqueca insoportable. Ya ves, yo que nunca tengo dolores de cabeza. Debe de ser este maldito calor, Robin.

—Sin duda —afirmó Reed, distraído—. Se hace insoportable salir de aquí. Apenas si puede uno respirar, Jordan.

El asintió, volviendo a su trabajo, después de ingerir dos aspirinas con un sorbo de agua. La tarea se prolongaba durante toda la mañana. Los télex vomitaban información que pasaba a sus respectivas mesas para ser ordenada y distribuida a los rotativos y publicaciones que contrataban sus servicios informativos.

Robin se despezó, poniéndose en pie.

—Voy a por un refresco a la máquina —dijo—, ¿Te traigo algo?

Ralph no le contestó. Robin le dirigió una mirada indiferente, en busca de respuesta.

Quedó sobrecogido.

Ralph Jordan estaba mirando a la vidriera con ojos dilatados, la boca contraída, el rostro convulso. De repente, su rostro era la viva imagen del terror. Tenía muy hinchadas las venas de las sienes, y empezó a jadear de repente, sin que pareciese haberle oído en absoluto.

—No, no... Ese sol... Me da miedo... ¡No quiero, no...! Dios mío...

—¿Qué te ocurre? —indagó Robin, perplejo, avanzando hacia él—. Jordan, ¿me oyes?

Este se había puesto en pie, tambaleándose. Derribó su silla y una serie de papeles revolotearon por la estancia. Retrocedía con ojos desorbitados, como si algo espantoso estuviera asomando por aquellas vidrieras. Temblaba de forma ostensible, casi espasmódica.

—¡Nooo...! —sollozó, llevándose las manos al rostro como para ocultar algo de su visión—. No, por Dios... Es horrible... ¡es horrible!

—Vamos, vamos, tranquilízate... —Robin se apresuró a aferrarle ambos brazos, mirándole directamente al rostro, con energía—. Sin duda es una crisis, Jordan. Tus nervios... o esa jaqueca. ¿Qué te ocurre? Cálmate. Llamaré a un médico.

—¡No, no! —chilló histérico, forcejeando por desprenderse de él—, ¡Un médico, no! ¡Me da miedo! ¡Suéltame, Robin, suéltame, por el amor de Dios! ¡No me mires así! ¡Me das miedo...!

Miedo.

Robin lo soltó, de repente, con una sensación infinita de horror dominándole, alucinado, mientras Ralph Jordan, su compañero de tareas informativas, se agitaba como un poseso, mirándole a la cara

igual que lo haría un personaje de cine de terror a un monstruo de espantoso aspecto. Trató de serenarle.

—Jordan, por favor... Soy yo, tu amigo Robin. Deja que te ayude...

—¡No, no! —gritaba, entre jadeos y sollozos rotos—. ¡Apartaos todos de mí! ¡Dejadme solo! ¡No me miréis así! ¡Tengo miedo, tengo miedo...!

Robin se estremeció. *Miedo...* Repetía demasiado esa palabra. Su reacción era ilógica, desacostumbrada... Y antes tuvo aquel dolor de cabeza...

—El síndrome... —susurró Robin, aterrado—. Oh, no... El síndrome... Tú, no, Jordan...

Se precipitó alocadamente hacia un teléfono. Lo descolgó, marcando el número de la policía. Informó de lo que sucedía, mientras Jordan se agitaba convulso por el despacho, como si todo, incluso muebles y paredes, le aterrorizaran. Luego colgó, a la espera de la ambulancia. De otras oficinas empezaron a acudir gentes, a los gritos de terror del frenético Jordan.

—Vamos, vamos, cálmate... —dijo sin tratar de tocarlo ya—. El médico está al venir. Te atenderán, Jordan. Juro que te atenderán, amigo..., y no tendrás nada que temer.

Sabía que estaba mintiendo. Si aquello era el «mal de Van Elst», Jordan estaba irremisiblemente condenado a una muerte horrible. El virus estaba en él. Incluso era posible que él mismo hubiera sido ya contagiado de la terrible plaga. Y mientras tanto, el mundo no sabía nada...

Algunos empleados cometieron un grave error en ese momento. Trataron de rodear a Jordan, de sujetarlo y dominar su crisis. Robin les gritó agudamente:

—¡No! ¡Dejadle! ¡No os acerquéis a él ni pretendáis sujetarlo...!

Era tarde. Tres de ellos habían tocado al pobre Jordan. Este les miró aterrado, como si fuesen sus peores enemigos, lanzó un alarido salvaje, feroz... y se precipitó con violencia contra una de las grandes vidrieras del rascacielos.

El estruendo del vidrio al quebrarse bajo el impacto de su peso, ahogó el ronco grito de horror y angustia de Robin Reed. Envuelto en mil fragmentos de vidrio, el cuerpo del infortunado Jordan se zambulló en el vacío, desde una altura de treinta pisos. Abajo, en la calle, hubo un impacto, una conmoción. Los compañeros miraron, asustados, a Robin.

—Sólo queríamos ayudarle... —jadeó uno de ellos, mortalmente lívido.

—Lo sé, lo sé... —casi sollozó Robin, impotente, apretando sus puños—. Estaba como loco. Debíamos dejarle solo con su terror. Pero hubiera sido igual. Absolutamente igual. Así, al menos, su final ha sido breve, piadoso... Dios mío, Dios mío... ¿es esto justo, hay derecho a que nos

ocurra, sin que nadie nos diga nada?

Sus compañeros le miraron, sin entender nada de cuanto decía. Robin se derrumbó en su asiento, desolado.

Había perdido a otro amigo trágicamente. Pero esta vez había visto cara a cara el rostro descarnado de la muerte. Y había visto el alucinante, horrible síndrome del miedo...

* * *

—¿Estás seguro de que deseas realmente eso, Robin? Reed asintió, mirando fijamente a su interlocutor. Una expresión obstinada, dura y combativa transformaba ahora su rostro en una tensa máscara sombría.

—Totalmente seguro,

—Lester —afirmó, rotundo. Lester Hayes, de la NBC-TV sacudió la cabeza con aire abstraído.

—Es una petición desusada, la verdad —dijo al fin—. Un cuarto de hora de espacio, a la hora de mayor audiencia, supone un desembolso considerable. ¿Estás dispuesto a pagarlo de tu bolsillo?

—Si no fuera así, no te lo diría. Te pagaré exactamente lo que me digas. Como si fuese un espacio publicitario.

—Seguro que vas a tirar todos los ahorros de tu vida, Robin —Hayes sonrió levemente, aunque se le veía preocupado—. Hay otra cosa más, sin embargo.

—¿Qué es ello?

—La dirección de programas necesita previamente el guión o el tema sobre el que versará tu intervención ante las cámaras. Y es la dirección, finalmente, quien decide si el espacio debe concederse o no, según su interés público. Como comprenderás, una cadena de televisión como la nuestra, no puede arriesgar fácilmente su prestigio con una emisión que pudiera provocar el disgusto o la indignación de nuestros telespectadores.

—¿Es imprescindible eso, Lester? ¿Aun tratándose de mí, de una persona a quien tú conoces y que trabaja en una importante agencia de noticias?

—Me temo que sí, Robin —suspiró el alto ejecutivo de la NBC-TV—. Es una norma de la casa que nadie puede saltarse, a excepción del Presidente de los Estados Unidos, pongamos por caso. Y aun así, previamente sabemos si el presidente va a hacer simple propaganda electoral o dirigirse al país para un asunto de interés nacional, pongamos por caso. En la primera circunstancia, si ese espacio es suplementario y no entra en el cupo que la cadena concede a cada candidato, debe pagarlo el presidente o su organización electoral, por supuesto.

—Este es un caso que importa a todos, Lester. A todo el país. Algo que no se ha dicho. Y que, como estamos en una nación libre y democrática, debe saberse forzosamente, lo antes posible. Antes de que sea demasiado tarde.

—Yo no dudo de eso, Robin. Pero aun así, no puedo concederte el espacio, si previamente no me entregas un guión o sinopsis de tu intervención para pasarlo a la dirección de programas. A fin de cuentas, tú y yo sabemos que incluso en una democracia hay asuntos que pueden levantar ampollas y crear dificultades y problemas en nuestra sociedad. La NBC no quiere que eso suceda con uno de sus espacios.

—¿Y si se tratase de un caso de interés nacional prioritario, de algo que nos afecta a todos y es cuestión de vida o muerte? —sugirió Robin Reed,

Lester Hayes vaciló. Al fin, se puso en pie y habló gravemente:

—Convénceme de eso, Robin, y el asunto estará hecho. ¿Cuándo quieres ese programa?

—Esta misma noche.

—Bien. Ven a verme con tu idea dentro de dos horas. Si es como dices, cuenta con él, incluso quizá de forma gratuita. Mientras tanto, yo haré reservar quince minutos de la programación sin especificar tema aún, y tú puedes redactarme esa sinopsis. Yo hablaré con la dirección para preparar el terreno. ¿De acuerdo, Robin?

—De acuerdo, Lester —le estrechó la mano con calor—. Y gracias por todo.

—No me las des a mí. Si tu asunto es tan importante, la NBC te ayudará gustosa, no lo dudes. Aunque fuese un *top secret* oficial, amigo mío. Como tú dices, a veces vale la pena remondar que estamos en un país libre...

Robin Reed salió rápidamente de los estudios de la gran emisora de televisión. Una vez en su despacho, reunió todo el escaso material con que contaba, escribió unos folios con la historia de los hechos hasta el momento, desde la llamada de Donald Lee desde Londres, hasta la muerte trágica de su compañero de trabajo Jordan, víctima del síndrome del Miedo, y añadió el certificado de defunción de su amigo, expedido por un médico que había advertido en el difunto, tras su caída desde las alturas, indicios de una enfermedad virulenta, en forma de violento sarpullido y manchas púrpuras en la piel. Había también fotocopias de una solicitud de autopsia especial, con la presencia de un toxicólogo y un epidemiólogo del estado de Nueva York.

—Espero que todo esto sea suficiente —dijo para sí Robin, cuando dos horas más tarde se dirigía a toda velocidad, de regreso al edificio de la National Broadcasting Corporation en Nueva York.

Le hicieron esperar cuando pidió ver a Lester Hayes. Sentado en una

salita, contempló un insulso concurso televisivo en un monitor en color. Se preguntó qué impacto causaría su aparición ante las cámaras esa misma noche, con la noticia de la existencia de una mortal epidemia en Estados Unidos y la URSS, desafiando así el silencio oficial que las autoridades mantenían sobre el tema.

—Robin, perdona la espera —apareció Lester Hayes, acercándose a él con paso rápido y su habitual amplia sonrisa de perfecto ejecutivo en su impecable rostro bien rasurado—. Tenía muchas cosas pendientes de hacer por ahí... ¿Traes tu sinopsis?

—Y algo más, Lester: evidencias de que no voy a hablar de una fantasía demencial. Lástima que la mejor de las pruebas, una cassette grabada con la voz del doctor Franz Stroder, en Viena, haya sido destruida sin remedio, junto con la vida de un hombre honrado. Pero ése era también el precio del silencio para alguien.

Lester Hayes leyó los papeles con el ceño fruncido. Luego miró a Robin con expresión algo extraña en su rostro. El joven periodista observó el leve temblor de sus manos al sujetar los documentos.

—Lo siento, Robin —dijo sordamente—. Me temía que fuera esto. No puedo hacer nada.

—¿Qué? —Reed le miró con ojos dilatados, sintiendo brotar en él la misma furiosa indignación que le había llevado a solicitar a la desesperada aquel espacio televisivo, tras la muerte horrible del infortunado Jordan.

—Me habían informado de que intentarías contar esto a la gente a través de la televisión. No podemos concederte ni un minuto. Son órdenes de muy arriba, ¿entiendes?

—Pero... ¡pero la gente tiene que saber lo que sucede! —clamó Robin—, ¡Es nuestro deber cívico y humano, Lester! ¡Tú hablaste también de libertad antes!

—Lo lamento —respiró con fuerza el ejecutivo—. No puedo ayudarte, Robin. El asunto excede a mi capacidad decisoria...

Y como una confirmación de todo ello, la puerta del gabinete se abrió. Dos hombres aparecieron en la puerta. Vestían impecables trajes grises, de tono azulado, corbata oscura y camisa clara. Sus rostros eran duros, fríos e impersonales. Robin les miró, sintiéndose acorralado. Uno de ellos le mostró una credencial en una funda de piel.

—Agentes federales, señor Reed —dijo con voz monótona el de la credencial—. Venga con nosotros sin oponer resistencia. Está detenido por difundir falsos rumores.

—¡No son falsos! —rugió Robin—. ¡Ustedes todos saben que es la verdad!

—No nos obligue a emplear la fuerza, señor Reed —insistió el federal—. Está arrestado, en nombre del Gobierno de los Estados Unidos.

Robin sintió que todo se desplomaba en torno suyo. Ni él ni nadie podía luchar contra el aparato del Estado. El Gobierno quería evitar el pánico, y su única solución parecía ser ésta: el silencio a toda costa. El mismo procedimiento se estaba utilizando ya en la Unión Soviética, sin la menor duda.

—Está bien —suspiró, echando a andar hacia ellos—. Veo que es imposible luchar. Pero deseo hablar con su superior, contarle cuanto sé.

—Claro, señor Reed —sonrió con helada cortesía el otro agente—. Podrá hablar cuanto desee, no está en una dictadura. Me alegra que sea razonable. Así, todos salimos ganando. Por favor, acompáñenos. Tenemos un coche esperando abajo.

Robin se situó entre ambos agentes. Iba tan decaído de aspecto, era tal su aire de fracaso y resignación, que a ninguno se le ocurrió sospechar de su actitud dócil.

Sólo cuando él emprendió veloz carrera ante sus sorprendidos ojos, tras derribar a ambos contra la pared con un formidable empujón de sus dos manos, comprendieron que Robin Reed no se rendía tan fácilmente.

—¡Eh, alto! —clamó uno de ellos, recuperando el equilibrio—. ¡No haga locuras!

—¡Deténgase, Reed! —gritó el otro, echando a correr ya tras él.

Robin no utilizó el ascensor del edificio, sino que se lanzó vertiginosamente escaleras abajo. Arriba, uno de los federales utilizó un silbato. El otro, extrajo un pequeño *walkie-talkie* y conectó con alguien situado en la planta baja. Robin, aún en su carrera, pudo captar ambas cosas. Con gesto de fiera acosada, siguió descendiendo, sin embargo, a toda velocidad.

Oyó subir al ascensor, lo cual le daba una gran ventaja. Uno de los federales, sin duda, tomaría la cabina para descender. El otro corría ya tras él, pero no era ágil y Robin le llevaba al menos cuatro o cinco pisos de ventaja para entonces.

No cometió el error de llegar hasta abajo por aquella escalera. Salió a la planta segunda del edificio y, con rapidez, avanzó por el corredor. Tuvo suerte en ese momento. Un ascensor, de los tres con que contaba aquel ala del edificio, iba a cerrar sus puertas entonces. Vio dentro del mismo a una enfermera uniformada, que sin duda salía del edificio de la televisión tras atender a algún paciente. Rápido, penetró en la cabina. La puerta se cerró. La enfermera le miró, mientras descendían.

—Tiene que ayudarme —dijo Robin sordamente, tomando un brazo de la enfermera.

Ella, joven y morena, con aspecto de puertorriqueña, le miró entre sorprendida y recelosa. Robin mostró su tarjeta de periodista.

—No tema nada —añadió, sonriente—. Me persiguen unos espías antiamericanos. Hay otros en el vestíbulo. Se hacen pasar por agentes

federales para engañar al público. Intentan secuestrarme y llevarme más allá del telón de acero. Por favor, sólo tiene que tomarme de un brazo, como si estuviese muy enfermo, ¿comprende? Sólo eso, señorita..., y quizá salve usted una vida.

Mientras hablaba, Robin había rasgado su camisa y manchado los jirones de la misma tinta roja de su bolígrafo bicolor. Se la aplicó con celeridad en torno a la cabeza y, cubriendo un ojo, de modo espectacular. Luego, ya abierto el ascensor, contempló patéticamente a la sorprendida enfermera, que parecía incapaz de reaccionar.

Pero al fin lo hizo. Le dirigió una sonrisa con sus negríssimos ojos y sus carnosos labios, y le sujetó solícita por un brazo y el otro hombro, como si lo llevara consigo en precario estado. Salieron al vestíbulo. Robin, con su único ojo destapado, observó la presencia de dos hombres con la mano hundida en su axila izquierda, cubriendo la salida del edificio. Justo frente a la puerta, aparecía aparcado un automóvil largo y negro, de aspecto oficial, cuyo chófer también estaba junto la portezuela, con un sospechoso bulto en el bolsillo de su chaqueta, donde hundía la mano.

—Por favor, abran paso —pidió la enfermera en voz alta a los presentes en el amplio vestíbulo—. Este paciente está en mal estado... Por favor...

Los federales les vieron venir. Robin jamás notó tan largo un recorrido, mientras la enfermera, sin prisas, serenamente, pisaba con firmeza la espesa alfombra, llevándole hacia la calle. Los federales dudaron. Luego, ella les rogó, entre suave y apremiante:

—Caballeros, se lo ruego. Mi paciente no puede esperar...

—Oh, sí, sí, señorita, perdone —uno de ellos hizo un gesto al otro y ambos se apartaron—. ¿Es grave?

—Bastante. Sufrió una caída en los estudios de televisión. Tiene una buena brecha...

Salieron a la calle. Robin miró de soslayo. Unos pasos más adelante, un coche con un distintivo sanitario en su carrocería color claro, era una esperanza para él. La enfermera le condujo tranquilamente a lo largo de la acera. Pasaron ante el federal situado junto al coche negro, que les miró curioso, sin intervenir.

—Gracias —susurró Robin a su providencial auxiliar—. No sabe lo que hace por mí...

—No se preocupe. Le llevaré lejos de este lugar con la ambulancia... Es cuanto puedo hacer por usted. Ojalá sea lo correcto.

—Lo es, se lo aseguro. Piense lo que piense, está ayudando a alguien que puede salvar muchas vidas humanas...

Apenas cuatro o cinco yardas le separaban de la ambulancia. Y, de repente, el desastre. A sus espaldas, una dura voz interpelló:

—¡Alto! ¡Deténganse los dos! ¡Usted, enfermera! ¡Y usted, Reed! ¡Alto o disparo!

—Dios mío... —jadeó ella—. Le han sorprendido... ¿Puede correr?

—No. Sería inútil —suspiró Reed, parándose en seco y alzando sus brazos—. Usted apártese, míreme como si tuviera miedo, como si la hubiese amenazado... Esa gente no tiene piedad con quienes quieren ayudarme, se lo aseguro.

Ella se apartó, de mala gana, pero fingió bien tenerle miedo. Robin sonrió, volviéndose a los federales. Uno de los tipos de arriba había salido a la calle, revólver en mano. Era inútil pretender huir. Le habían cazado, pese a todo.

—Está bien, no disparen —dijo con sarcasmo—. No soy tan peligroso, caballeros. No pretendía hacer nada a esta joven. Sólo la atemorice un poco...

—Tuvo suerte, señorita —le dijo el federal a la enfermera, caminando pesadamente hacia Robin con unas esposas en la mano—. Es un tipo peligroso...

Le arrastró hacia el coche negro, mientras le empezaba a poner las esposas. El conductor del coche abrió la portezuela para entrar y conducirlo con los demás agentes a la central del FBI en Nueva York.

Y de nuevo ocurrió algo imprevisto.

Un hombre surgió de entre la multitud de curiosos hacinada en torno al lugar del suceso. Cayó como un bólido sobre el chófer, derribándole aparatosamente en la acera. Penetró de un salto en el coche, ante el volante, y tiró de Robin, en medio del asombro de los federales, que reaccionaron demasiado tarde.

Cuando ya arrancaba el coche negro, con aquel desconocido al volante, empezaron a disparar sobre ellos. Robin sintió la mordedura del metal candente en su hombro, pero la portezuela se cerró en ese momento, y rodaron vertiginosamente, sorteando a la ambulancia y a un par de coches en sentido contrario, para lanzarse a toda velocidad por las calles de Nueva York.

Los disparos llovían sobre el coche negro. El desconocido conductor se volvió a él, riendo sordamente. Habló con un inglés de fuerte, áspero acento extranjero:

—Son víctimas de sus propias armas —comentó—. Este federal es blindado y tiene neumáticos especiales que no se deshinchán por los balazos... ¿Se encuentra bien, señor Reed?

—No del todo —suspiró Robin, contemplando su hombro y brazo ensangrentado—. Creo que me perforó esa bala de lado a lado...

—Mejor —rió el desconocido, conduciendo como un piloto de Fórmula 1 por en medio del denso tráfico urbano—. Así no habrá que sacarle la bala, amigo...

Robin le observó, ceñudo. Su comentario fue algo receloso:

—Bueno, tal vez sea de verdad mi amigo. Al menos, de momento lo parece. Pero no le he visto en mi vida anteriormente. ¿Puedo saber quién diablos es usted?

—Sergei Ivanov —dijo el hombre, con su fuerte acento extraño—. Agente soviético del Servicio de Inteligencia. Perseguido por mi país como usted en éste que es aliado suyo. Y por la misma razón. Usted y yo sabemos que existe el «mal de Van Elst» extendiéndose por Nueva York y Moscú. Y no podemos propagarlo para que la gente lo sepa...

Capítulo VII

ERA un lugar tranquilo, en las afueras de la ciudad, en las proximidades de la carretera de Connecticut. El ruso paseaba calmosamente delante de él, tras haberle curado la herida lo mejor posible. El fuerte vendaje, sujetando el hombro perforado, aliviaba bastante el dolor de Robin.

Este contempló a su nuevo y misterioso amigo con expresión meditativa, poniéndose de nuevo la camisa, hecha jirones en un lado, a causa de su estratagema para salir del edificio de la NBC.

—De modo que usted ha tenido que huir de la Unión Soviética... —musitó.

—Exacto. Acosado y perseguido por mis compañeros. Y todo porque descubrí la existencia del síndrome del Miedo, y uno de mis familiares murió de ese mal en un barrio de Moscú. Pretendí hacer público lo que sucedía. Me arrestaron y trataron de incomunicarme. Al parecer es un acuerdo tácito entre ambos Gobiernos, el de Washington y Moscú. De momento, mientras buscan desesperadamente un remedio o una solución al problema, han de mantener secreto el hecho, tratan de evitar el pánico. Pero eso no resuelve nada. La misma densa demografía de estas dos capitales hace más y más virulenta la extensión de la mortal epidemia.

—¿Se sabe por qué se ha producido?

—No del todo. Mis compatriotas rusos sospechan de un fallido experimento temerario de sus amigos americanos, señor Reed. Y supongo que sus compatriotas de América piensan lo mismo de la Unión Soviética.

—Usted parece dar a entender que *ninguno de los dos* podría ser culpable.

—¿Por qué no? —Sergei Ivanov se encogió de hombros, escéptico—. Hay gente siempre interesada en que nuestros países se enfrenten entre sí. Esa epidemia podría ser el detonante en cuanto se haga pública. Tal vez eso es lo que temen ambos Gobiernos, señor Reed. Dudo mucho que su país o el mío pudieran evitar una rebelión del propio pueblo como protesta airada contra sus gobernantes por silenciar los hechos... y eso les conduciría, inevitablemente, a un enfrentamiento hostil para acallar la indignación popular con una guerra de imprevisibles consecuencias.

—Es un complejo problema. Pero no se resuelve nada silenciándolo.

—Tal vez no. Yo pienso como usted. No se puede condenar a morir a millones de seres sin advertirles de lo que les acecha, sin poner medios desesperados de tipo sanitario, que acaso eviten más propagación del mal. El silencio es el mejor cómplice de esa epidemia, a fin de cuentas. Tenemos que hacer algo usted y yo, amigo Reed. Pero la KGB por un lado, y la CIA y el FBI por el otro, son malos enemigos para nosotros.

—Dios mío... Prisionero de mi propia gente, enemigo de mis propios amigos americanos y de mi Gobierno... —susurró Robin, aferrándose la cabeza con su mano ilesa—. ¡Es demencial, Ivanov!

—Totalmente, amigo mío —asintió el ruso—. Pero es lo que está sucediendo.

—¿Cómo supo de mí? ¿Quién le llevó esta noche a la NBC?

—Yo solo —sonrió el ruso enigmáticamente—. Un agente especial de los Servicios de

Inteligencia soviéticos, tiene medios sobrados para llegar lejos, amigo mío...

—¿Y qué espera que podamos hacer ambos a partir de ahora?

—No, señor Reed —negó con la cabeza Sergei Ivanov—. Ambos, no. Tendrá que ser usted. Usted solo.

—¿Por qué yo? —dudó Robin, perplejo.

—Porque yo no voy a estar mucho tiempo con usted ya —los ojos del ruso revelaron una cierta fría y patética decisión—. Es inevitable que ello suceda.

—¿A qué se refiere?

—En mi país, nadie que traicione a su organización, como he hecho yo, vive demasiado tiempo. Estoy sentenciado sin remedio. Prefiero resolverlo a mi modo a que ellos me den caza. Pero usted aún tiene una posibilidad, Reed. Cuando yo haya muerto, encontrará aquí, entre mis cosas, alguna información que puede serle útil. Sé, por ejemplo, que algo planean mi Gobierno y el americano, de mutuo acuerdo, porque tengo informes fidedignos y secretos de que en un lugar del Pacífico, posiblemente, se encuentren en las próximas horas el presidente yanqui y nuestro primer ministro, en una significativa reunión «en la cumbre» que, aparentemente, tendrá simple carácter consultivo sobre problemas internacionales. Es fácil imaginar, sin embargo, que allí se discutirá sobre un único y gravísimo problema: ese problema, naturalmente, será «el mal de Van Elst». Sé también que existe un informe ultrasecreto, trazado por ambas potencias simultáneamente, dándole una posible solución al caso. Solución que, al parecer, ni el presidente americano ni mi primer ministro consideran aceptable ni siquiera imaginable. Naturalmente, todos ignoramos, incluso en Inteligencia, qué clase de solución pueda ser, cuando tanto miedo les da a los dirigentes

intentarla.

—A pesar de todo eso, Ivanov, ¿por qué tendría usted que morir? No estará pensando en... en el...

—¿Suicidio? —Sergei Ivanov sonrió, asintiendo con un movimiento de cabeza lento—. Sí, mí querido amigo. Eso, justamente, estoy haciendo ya.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Robin, alarmado, incorporándose.

—Es usted quien debe resolver esto, a su manera. Yo no puedo hacer ya nada, amigo mío —el ruso hizo crujir algo entre sus dientes, con una leve mueca—. El veneno no tardará en surtir su efecto. Es rapidísimo... y muy piadoso.

—¡Ivanov! —gritó Robin, aferrándole por las solapas, aterrado.

—No, no. No resuelve ya nada con eso —dijo el soviético, calmoso—. Entre mis pertenencias encontrará un pasaporte americano con nombre falso. Y su fotografía. Utilícelo para salir de Estados Unidos. Vigilarán a todo ciudadano inglés. Aquí no podría hacer nada. Si el FBI ha recibido orden de silenciarle, lo harán, aunque tengan que encerrarle en una fortaleza... e incluso matarle, si su obstinación pusiera en peligro a algo o a alguien. Todos los servicios secretos del mundo, amigo mío, son igualmente despiadados, llegado el momento de tomar drásticas decisiones...

Palidecía por momentos y sus ojos perdían brillo. Lentamente, con una sonrisa apacible, se desplomó en un asiento. Robin se inclinó, tratando de auxiliarle. Ya era inútil todo. Su fugaz amigo, el ruso Sergei Ivanov, había muerto.

Reed se irguió, sobrecogido. Notaba que aquel asunto escapaba de sus manos, que su magnitud era demasiado enorme para un hombre solo y de limitadas posibilidades. Pero un frío profesional del espionaje como el soviético, había dicho que confiaba en él. Contempló el cadáver, pensativo.

—No, amigo —dijo sordamente—. No puedo defraudarte ahora. Lo intentaré, aunque deje el pellejo en ello.

Y se dirigió a la bolsa de lona del ruso, donde al parecer, éste guardaba toda la documentación sobre el caso del síndrome del Miedo, incluido un pasaporte preparado para él con falsa identidad.

Mientras examinaba todo aquello, preguntándose cómo escapar de los Estados Unidos sin ser cazado por el FBI previamente, una idea germinó en su mente. Dirigió una ojeada al infortunado Ivanov y murmuró:

—Lo siento por ti, amigo. Pero voy a utilizarte para un funeral al estilo vikingo... Espero que, donde ahora estás, sepas perdonarme esta última jugarreta.

La noticia no era de primera plana, ni mucho menos.

Aparecía en tercera página de algunos diarios, y relegada a la sexta o séptima en otros, junto con diversos sucesos:

«REPORTERO INGLES MUERTO EN INCENDIO EN LA CARRETERA DE CONNECTICUT. Robin Reed, de la British News Agency en Nueva York, carbonizado en una pequeña casa campestre. Su cadáver calcinado apareció entre las ruinas de la incendiada vivienda, pudiendo ser identificado por su reloj y un anillo con su nombre, así como por una chaqueta con algunos de sus documentos, colgada de una silla, a la que el fuego no logró quemar totalmente.»

Robin Reed sonrió. Convertido en el ciudadano americano Frank Bellamy, volaba rumbo a Europa en estos momentos, mientras el FBI le daba por muerto en el incendio de la casita alquilada por Ivanov. El cadáver del ruso, difícilmente hubiera sido reconocible tras ser abrasado junto con la vivienda.

El avión que le conducía a París sobrevolaba el Atlántico alejándole más y más de la red densa y pegajosa de los federales. Ignoraba si tragarían el anzuelo por mucho tiempo, pero de momento había logrado salir de Estados Unidos, aunque oficialmente el periodista inglés Robin Reed pasaba a la lista de las personas difuntas.

El agente de la KGB Sergei Ivanov había dejado tras de sí una estela de incógnitas y de incertidumbres, al suicidarse por temor a las represalias de sus compañeros de trabajo. Pero Robin Reed se daba cuenta de que allí había algo más profundo y complejo que una simple disidencia con la política soviética. No, no era eso. Ivanov temía algo diferente, algo no demasiado concreto.

Por otro lado, la actividad amenazadora no parecía ser exclusiva de la KGB en esta ocasión. El FBI americano también se mostraba particularmente duro y peligroso, incluso para las personas honestas como él. ¿Qué estaba ocurriendo entre bastidores en el teatro del mundo, mientras Nueva York y Londres sufrían el oculto y silenciado azote del «mal de Van Elst», con su terrible síndrome del miedo?

Recordó unas palabras de Ivanov: en las horas inmediatas, los dos mandatarios de las mayores potencias del mundo iban a reunirse en un lugar de Japón para tratar de algo trascendente. ¿Se referirían a la mortal epidemia irrefrenable? ¿Qué proyectos albergaban ambos políticos al reunirse en la cumbre?

—Demasiadas incógnitas y lagunas —se quejó Reed a sí mismo, contemplando el océano a sus pies—. Cada vez es todo más oscuro, más impenetrable... ¿Cómo se desencadenó esta epidemia en los dos países? ¿Por qué se mantiene el muro de silencio en torno a la misma? ¿Cómo esperan resolverlo, antes de que sea demasiado tarde?

Cuando el avión tomó tierra en París, Robin Reed continuaba dando vueltas en su cabeza al alucinante torbellino de enigmas que formaban el mosaico de aquel estremecedor asunto que llevaba entre manos.

Cruzó las salas del Aeropuerto Charles de Gaulle, maletín en mano. Pasó sin dificultades la aduana, como un ciudadano norteamericano corriente. Miró en torno, receloso, sin ver nada que despertara sus sospechas o su alarma. Ya no se fiaba de nada ni de nadie. Pese a ir caracterizado del mejor modo posible para alterar su físico, sabía que la densa telaraña tendida por la URSS y Estados Unidos en el mundo, podía apresarle como a una indefensa mosca en cualquier momento.

Se cruzó con un grupo de monjitas francesas que charlaban animadamente entre sí, camino de la autopista a París. Una furgoneta con el nombre de un convento, aguardaba aparcada en el exterior, entre otros muchos vehículos. Reed pasó junto a ellas, camino de la parada de taxis.

Antes de alcanzar los coches de alquiler, una voz le sorprendió, no lejos de él:

—Perdone, señor, ¿puede ayudarme a poner mi coche en marcha? Se lo agradecería mucho, porque no logra funcionar...

Giró la cabeza, receloso, pero sus sospechas se evadieron al ver a la monjita a su lado, sonriéndole beatíficamente. Unos ojos oscuros y unos cabellos negros asomaban bajo la toca de la religiosa, que parecía realmente apurada, señalándole un viejo modelo de Citroën aparcado no lejos de donde la furgoneta de las otras monjas se alejara un momento antes.

—Claro —asintió Reed, solícito—. Pero, ¿no iba usted con las otras hermanas?

—No, no —sonrió dulcemente la otra religiosa—. Ellas van al convento. Yo tengo que acercarme a París para comprar algunas cosas para nuestra Orden. Pero el coche iba bien cuando vine a recibir a la hermana Micheline, no sé qué pudo pasarle a este motor...

—No se preocupe, hermana —sonrió Reed—. Seguro que no es nada.

Pensó que ir junto a la monja le ayudaría a alejar sin duda sospechas de su persona. Examinó el viejo Citroën, comprobando un leve fallo en el encendido. Lo resolvió sin dificultades y se limpió las manos, risueño.

—¿Lo ve? —dijo jovialmente—. Todo a punto, hermana. Ya puede arrancar.

—Oh, gracias, ha sido tan amable, señor... —le miró con gratitud—.

¿Puedo llevarle a alguna parte en premio a su cortesía?

—Bueno, eso sería abusar de su amabilidad, hermana —objetó Reed.

—Por favor —rogó ella—. No me defraude, señor. Dios nos pide que devolvamos favor por favor, e incluso por el mal. Y usted me ha ayudado mucho esta vez. No puede negarse. Al menos, le puedo acercar a las oficinas de la terminal...

—Bien, hermana, gracias —Reed asintió, sentándose junto a ella—. ¿No le importa que me acomode aquí?

—Oh, claro que no —suspiró la religiosa—. Me gusta mucho hablar, y así tendré con quien hacerlo camino de París.

Dejaron atrás el Charles de Gaulle, con su constante estruendo de reactores. Enfilaron la carretera de la ciudad hacia la Porte Maillot, cerca de l'Etoile, donde se halla la terminal para vuelos del Aeropuerto Charles de Gaulle, el modernísimo centro aeronáutico francés. El Citroën marchaba a la perfección. De pronto, la monja empezó a canturrear algo en inglés. Reed la miró, sorprendido. Hasta ahora, la religiosa había usado un correctísimo francés, propio de una nativa. Para su asombro, ella rió entre dientes, y alzó sus faldas grises de religiosa, mostrando sus muslos, firmes y bien torneados.

—¿Qué diablos...? —comenzó Reed, empezando a ponerse en guardia, sobresaltado.

—Vamos, vamos, querido amigo —rió la voz, cambiada súbitamente, de la humilde monjita—. ¿No me ha reconocido? Le creí más astuto y observador. Mi peluca, mis hábitos, mis lentillas oscuras y mi buen acento francés, no pensé nunca que le engañaran.

—¡Belinda Joyce! —exclamó Reed, perplejo, al identificarla

—La misma —asintió la agente del MI-5, despojándose de su disfraz—. Tenía que establecer contacto con usted, Reed, sin que nadie sospechara nada.

—¿Cómo sabía que yo viajaba en ese vuelo, y que iba a...?

—Sergi Isamov —cortó Belinda con firmeza—. Estableció contacto previo conmigo. No me creí lo de su renuncia a seguir en este caso, Reed. Usted vale mucho para dejarnos en la estacada. No es un espía, pero merecería serlo. Por Ivanov supe el nombre que tendría que adoptar si las cosas se ponían feas para Robin Reed en Estados Unidos, como temíamos. Me limité a esperar que ese nombre figurase en algún vuelo a Europa. Tengo muchos y buenos contactos en Londres y París, amigo mío.

—Empieza a asombrarme usted, Belinda —confesó Reed.

—Gracias —rió ella duramente—. Pero todo cuanto yo valga, no sirve mucho en este asunto. Seguimos sin saber qué sucederá al final. Y el mal avanza por momentos. Se han detectado muchos más casos de virus en Nueva York y Moscú.

—Me lo temía. ¿Qué va a suceder?

—No lo sé. Nada bueno, ciertamente. El silencio oficial sigue por ambas partes. Los dos colosos se reúnen hoy en Japón.

—¿Hoy? —se sobresaltó Reed—. Ivanov me habló de ello. No pensé que fuese tan pronto.

—Yo tampoco. Pero algo grave sucede y tienen resuelta alguna decisión importante, si no me equivoco. He detectado un mutismo y cautela totales en la KGB, el FBI, la CIA, e incluso en determinados estamentos de inteligencia europea, como el Deuxième Bureau de este país y el Servicio Secreto alemán.

—¿No hay medio de saber qué resolverán ambos estadistas en Japón, por debajo del disfraz de los acuerdos oficiales que se hagan públicos?

—Va a ser difícil, porque las precauciones son extremas. Sin embargo, pierdo las esperanzas. Tengo un informador de confianza en Sado, la isleta japonesa situada en el Mar de Japón, frente al puerto de Niigata, donde se reúnen en estos momentos los dos altos mandatarios. Ese informador mantiene contacto ultrasecreto con el Quai D'Orsay francés¹, lo cual me hace suponer que, si nada falla, en poco tiempo puedo tener un informe de alguna de las importantes decisiones allí adoptadas secretamente.

—Dios, Belinda, es usted genial y portentosa —se admiró Reed, estudiándola perplejo—. Parece dominar todos los resortes desde su establecimiento de belleza de Londres.

—No, no todos —rechazó la falsa monjita, frunciendo el ceño—. Por desgracia, no todos. Algo me dice que las decisiones presidenciales pueden ser de una trascendencia superior a lo que imaginamos, Reed. Y eso es lo que me asusta.

—¿No se fía del presidente de Estados Unidos y del primer ministro soviético?

—Sí, pero... —dejó en el aire la frase y meneó la cabeza con desaliento, de un lado a otro—. No sé, hay algo en todo esto que no me gusta... y ni siquiera sé lo que pueda ser...

Siguieron rodando a buena marcha hacia el centro urbano de París, a través de los veinticuatro kilómetros que separaban el Aeropuerto Charles de Gaulle de la capital francesa, por el norte de la misma.

Robin Reed también experimentaba esa misma sensación de incertidumbre, de desasosiego, a que había hecho referencia Belinda poco antes. Es como si en estos momentos, algo de lo que podía decidir la futura suerte del mundo, no estuviese demasiado seguro, ni mucho menos.

Minutos más tarde, se hallaban no en la terminal de la Porta Maillot, sino en un apartamento de los Campos Elíseos, arrendado por Belinda Joyce a nombre de una tal madame Denise Renard, de Toulouse. Allí, un

sofisticado y completo equipo de radio, emisor y receptor, esperaba información, con un joven y hermético inglés sentado frente a los mandos del equipo.

—¿Algo nuevo desde Japón, Neil? —preguntó impaciente Belinda al entrar ambos en el apartamento.

—Nada en absoluto —negó el muchacho—. Sigo esperando la información.

Pasaron Belinda y Robin a otra trastienda vecina, donde ella sirvió dos copas de excelente coñac francés. Le tendió una a él.

—No hay nada agradable por lo cual brindar —suspiró ella—. Hagámoslo, al menos, por usted, Robin, que ha salvado el pellejo y pudo evadirse de Estados Unidos.

—Por mí... y por la mejor agente secreto del mundo —dijo Reed, alzando su copa.

Belinda sonrió con cierta expresión sombría, y bebió, sin decir nada. Tras dejar la copa sobre una repisa, indagó gravemente:

—¿Fue el cuerpo de Ivanov el que...?

—Sí —asintió Reed—. Tuve que hacerlo. Era la forma de escapar.

—Claro. Lo imaginé enseguida. Pobre diablo... Estaba tan asustado de todo y de todos, que sólo veía su propia evasión en la muerte. Cuestión de mentalidad, imagino.

Reed paseó hasta el balcón, asomado a los Campos Elíseos. La gente circulaba por amplias aceras y bulevares. Los coches formaban un denso tráfico hacia L'Etoile.

Se preguntó cuánto tiempo podría tardar el síndrome del Miedo en hacer presa en la confiada población parisina, en la de otras ciudades como Londres, Roma, Bonn o Madrid. Se estremeció.

—¿Sólo se puede esperar? —preguntó, apurando el coñac.

—Sí —asintió Belinda—. No tenemos otro medio de saber lo que planean esos dos hombres en la cumbre, Reed. Tenga calma. Hace falta en nuestro oficio...

Trató de tenerla. La prueba fue dura, porque hubo tiempo de almorzar y de cenar la delicada comida francesa, regada con excelente vino de Burdeos, antes de que, ya al filo de la madrugada hora de París, llegase el informe cifrado desde la ciudad japonesa de Niigata, en el Mar del Japón, situada frente al islote de Sado, lugar de la reunión de ambos estadistas de las dos grandes potencias.

Se pasó el mensaje inmediatamente a otra escucha especial, situada en el propio Quai D'Orsay, para su traducción. El enlace de Belinda en el Ministerio de Asuntos Exteriores tardó algunos minutos en enviar el texto ya descifrado.

Sin duda, su horror y su sorpresa habían sido tan grandes como la que Belinda, Robin y el joven Neil, el operador de radio británico,

recibieron al leer aquel alucinante mensaje procedente del Japón.

—¡Dios mío, no! —gritó Robin, palideciendo mortalmente.

—Es demasiado... —casi sollozó Belinda, rota por una vez su admirable serenidad, su impresionante sangre fría ante el horror de aquella noticia.

—¡No se atreverán! —jadeó Neil, muy pálido bajo su mechón rubio.

Belinda contempló a su compañero y luego al periodista británico. Afirmó con lentitud, estrujando entre sus manos el papel con el increíble mensaje.

—Sí —dijo roncamente, con la voz casi irreconocible—. Lo malo es que sí se atreverán..., porque éste es un acuerdo entre los dos hombres más poderosos del mundo. Y lo que ellos han resuelto..., ya nadie puede pararlo.

En un silencio demoledor, profundo e incrédulo, los tres se miraron entre sí, dándose cuenta de que estaban al filo mismo del Apocalipsis.

El fin del mundo estaba allí. O poco menos.

DESPUES DEL PROLOGO

EPILOGO PRIMERO

ARNOLD Powell, de la Central de Inteligencia americana, y el alto ejecutivo de la KGB, Iván Vasiliev, permanecieron callados unos minutos, después de que entrase en la cámara reservada para ellos por el Deuxième Bureau francés, su colaborador y amigo más directo en París, monsieur René Durand, del Servicio de Inteligencia del Gobierno de París.

—No es posible... —susurró monsieur Durand mortalmente pálido.

Powell afirmó, aplastando su cigarrillo emboquillado en el cenicero. Estaba tan pálido y demudado como el francés.

—Sí, amigo mío —afirmó pesadamente—. Es posible. Está haciéndose ya. La cuenta atrás ha comenzado.

El agente francés se enjugó el sudor de la frente. Miró casi con desesperación a los dos interlocutores.

—Pero... ¡pero eso es el fin! —jadeó—. ¡El Apocalipsis!

—Así lo llamarán algunos —suspiró el ruso—. Los que vivan para poder hacerlo, claro está.

—Oh, *mon Dieu* —tartajeó el francés, buscando la ayuda de una botella de su inmejorable coñac viejo—. ¿Nadie puede detener ya... esa cuenta atrás?

—Nadie —negó el americano sombríamente.

—Sólo el presidente de Estados Unidos y nuestro primer ministro, de mutuo y común acuerdo —añadió el soviético Vasiliev con un resoplido—. Y eso no puede ocurrir ya, usted lo sabe.

—No —confirmó secamente Arnold Powell, mirando su reloj con aire de cansancio—. No puede ocurrir. Porque han sido ellos, *precisamente ellos dos*, desde la propia isla de Sado, en el Japón, los que han dado la orden conjunta de iniciar la cuenta atrás, monsieur Durand.

—Es una..., una locura —se lamentó el francés amargamente, dejándose caer en un asiento.

—Una locura inevitable, si queríamos salvar al mundo —murmuró el ruso encogiéndose de hombros—. Ellos eran reacios a tal medida, lo sé. Ninguno quería tomar tan drástica decisión. Pero no había otro remedio. ¿Se da cuenta de lo que hubiera ocurrido si el «mal de Van Elst», con su

inconfundible síntoma del terror y la locura, hubiesen extendido la virulencia a Sudamérica, a Europa...? Este bello país, esta hermosa ciudad... Italia, Portugal, España, Alemania, Africa después... El mundo entero dominado por una epidemia mortal de necesidad, de desarrollo creciente, de imprevisibles consecuencias...

—Sí, sí, me doy cuenta de todo, caballeros —asintió el francés—. Pero ¿será eso una solución?

—Tiene que serlo —afirmó Powell—. Para eso se ha adoptado. El mal no podrá salir ya jamás de Nueva York ni de Moscú, todos lo sabemos.

—Cielos, claro que no —lamentó Durand con amargura—, ¿Cómo va a salir de dos ciudades... *totalmente destruidas por sendos ataques nucleares*? Lo que yo me pregunto es... ¿no será esa decisión terrible de sacrificar a Nueva York y Moscú en su totalidad... el inicio' de una enorme tragedia mundial, de un enfrentamiento atroz, de un holocausto nuclear?

—No puede serlo —suspiró Vasiliev con una dura y triste sonrisa, sacudiendo negativamente la cabeza—. Recuerde que seremos nosotros mismos quienes destruyamos nuestras propias ciudades. La Unión Soviética descargará veinticinco bombas nucleares de gran potencia sobre Moscú..., mientras Estados Unidos hacen lo propio con Nueva York. Cuando todo haya terminado..., el «mal de Van Elst» habrá desaparecido con la explosión nuclear doble. Sólo la destrucción nuclear destruye el virus, eso está probado por nuestros químicos en la URSS y en Estados Unidos. De ahí tan trágica y terrible decisión, señor Durand...

—Dios mío... —sollozó el francés, demolido—. Dios mío... Pobre mundo...

—Hubiera sido peor morir todo bajo ese azote casi medieval —murmuró Arnold Powell, poniéndose lentamente en pie—. Usted sabe igual que nosotros lo que les costó a ambos estadistas tomar tan trágica decisión. Sólo minutos antes de adoptarla, ambos se mostraron firmemente decididos a no recurrir a esa hecatombe mutua para combatir el virus. Pero no había otro remedio, y así acabaron por entenderlo...

Lentamente, la secreta reunión se disolvió. Los hombres que la formaban, salieron con aspecto infinitamente más abatido y lúgubre que al entrar en aquella oficina de París.

Había motivos para ello. Los dos más poderosos políticos de la Tierra habían tomado su terrible decisión final: Nueva York y Moscú iban a ser destruidas por la energía nuclear.

Era el único medio conocido de acabar con los focos del síndrome del Miedo.

Aaron Davies, alto funcionario del Gobierno de Estados Unidos, desplazado a París secretamente para estar en contacto constante con Arnold Powell, de la CIA, en relación con la reunión en la cumbre celebrada en Japón y sus consecuencias finales, abandonó sin prisas la Embajada norteamericana en la capital francesa.

En vez de entrar directamente en su coche, se detuvo en la acera a encender un cigarrillo. Luego, con vaga sonrisa en sus labios delgados, se acercó a su vehículo oficial. El chófer uniformado del mismo permaneció sentado al volante, como era su costumbre.

—Vamos a un buen restaurante, Harry —dijo el chófer, con aire distraído, contemplando el tibio sol que convertía en radiante espectáculo los bulevares parisinos—

. El de siempre, por supuesto.

—Sí, señor Davies —sonó la voz impersonal del chófer, poniendo el vehículo en marcha.

Se alejaron de la Embajada norteamericana, dirigiéndose al punto de Montmartre donde habitualmente degustaba el alto funcionario de Washington, cuando estaba en París, la excelente *boullabaise* y los filetes de lenguado *meunière*, cuando no el filete *mignon* o el buen *Chateaubriand*.

Pero este día, el almuerzo exquisito del buen *gourmet* que era el hombre de las Casa Blanca en París, sufrió una brusca y sorprendente alteración. Apenas entró el coche oficial en una callejuela parisina, se paró en seco. Davies iba a preguntarle, sorprendido, a su chófer, que era lo que sucedía para meterse en semejante lugar, detenerse, cuando éste se volvió hacia él, disparándole al rostro el contenido de un misterioso tubo de metal.

Davies gritó roncamente, al ver que el chófer no era Harry, ni mucho menos, y trató de levantarse y salir del vehículo. Pero el gas que le envolvía en forma de tenue nubecilla amarillenta, actuó rápidamente sobre su sistema nervioso. Se desplomó en dos segundos, pesadamente, quedando inmóvil, totalmente inconsciente.

El chófer se despojó de su gorra, apresurándose a abrir la portezuela y sacar en sus brazos el pesado cuerpo del político norteamericano. Corrió con él a otro coche, aparcado a la entrada del callejón, donde introdujo al hombre de Washington.

—¡Adelante, Belinda! —sonó la voz inconfundible de Robin Reed, mientras ella, al volante de una furgoneta, ponía en marcha el coche, llevándose consigo al enviado de la Casa Blanca que mantenía contacto con el hombre de la CIA en París, Arnold Powell.

En sólo medio minuto, Robin y Belinda habían secuestrado

limpiamente a Aaron Davies.

* * *

El pentothal estaba haciendo su efecto en el inconsciente político washingtoniano. Belinda y Robin esperaban, mientras el cuerpo de Davies se movía, inquieto, y por sus labios comenzaban a salir palabras espontáneas,

—Adelante, Davies —habló secamente Belinda, fijos sus fríos ojos azules en el prisionero, tendido en un sofá—. Queremos saber lo ocurrido en Japón.

—Japón... —tartamudeó el paciente—. El presidente... ha decidido destruir con bombas atómicas Nueva York.

—Lo sabemos. ¿Y el premier ruso? —insistió Belinda.

—Destruirá... Moscú. Del mismo modo —fue la respuesta de Davies.

—También sabemos eso, Davies. Pero minutos antes, ambos políticos se negaban rotundamente a firmar a tal acuerdo y empezar la cuenta atrás. ¿Por qué cambiaron radicalmente de postura en cuestión de minutos? Es una decisión grave para tomarla así, súbitamente, ¿no es cierto?

El suero de la verdad actuaba sobre el interrogado con eficacia. Davies asintió y su voz sonó monocorde:

—Tenía que hacerse... Estaba programado así...

—¿Programado? —Belinda dio un leve respingo. Cambió su mirada con Robin, y se inclinó sobre el inconsciente Davies, exigiéndole—: ¿Programado por quién? ¿Qué significa eso, Davies? ¡Hable pronto! Tiene que decir la verdad.

—Estaba programado por..., por *nosotros* —informó Davies.

—¿*Ustedes*? —Robin se precipitó hacia él—, ¿Quiénes son «ustedes»?

—INENCO... Darryl B. Goldberg... yo... y otros colaboradores leales, en la URSS y en Estados Unidos...

—¡INENCO! —repitió Belinda, con sobresalto—. ¿Oye eso, Robin? INENCO son las siglas comerciales de la International Electronic and Nuclear Corporation de Estados Unidos, y Darryl B. Goldberg es su presidente... Es una multinacional dedicada a la fabricación de sistemas electrónicos de ingenios nucleares y sistemas de ataque y defensa nuclear... ¿Qué tiene que ver esa empresa en todo esto? ¿Y qué colaboradores «leales» de la URSS y Estados Unidos se mezclan en *programar* un caos rubricado por la repentina e inexplicable insensatez de dos hombres que, como el presidente norteamericano y el premier soviético, tendrían que tener la mente lúcida y fría y no dejarse llevar por decisiones bruscas y espontáneas?

—Espera, Belinda —los ojos de Robin brillaron excitados—... Creo

que ya lo tengo... ¡Sí, empiezo a ver claro!

—¿De veras? —dudó Belinda—. Pues le felicito, Robin. Yo no entiendo nada.

—Belinda, continuemos. El pentothal sódico tiene que darnos las demás respuestas que este hombre posee. No sé... Intuyo algo grande, siniestro y terrible... Ahora, todo empieza a tener cierto sentido...

—¿El qué? ¿Qué clase de sentido, Robin? —se irritó Belinda.

—¿No se da cuenta? —Reed señaló a Aaron Davies—. Ese hombre es un alto funcionario del Gobierno norteamericano. Pero es también, sin duda, un ambicioso hombre de empresa, un «halcón» capaz de todo con tal de prosperar política y económicamente, de conseguir más poder y más fortuna. Habrá otros como él en América, en la URSS... El hombre, sea donde sea, siempre es ambicioso de poder y dinero. Una eso a una multinacional especializada en sistemas electrónicos de funcionamiento de ingenios nucleares, proveedor del Ejército norteamericano y de la OTAN sin duda...

—Sí, así es —admitió ella.

—Y sitúe a una rama anónima de esa misma multinacional, disfrazada de empresa socialista del Este, proveyendo asimismo de sistemas electrónicos a las bases de ingenios atómicos soviéticos o chinos... ¿No lo ve claro? ¡Es un gigantesco plan para provocar la hecatombe nuclear! Sólo ellos podrán detenerla mediante los sistemas electrónicos cuyos circuitos dominan. Provocarán la guerra mundial y, en su momento, cuando convenga, la detendrán en su beneficio. La INENCO y ese tal Goldberg son la cabeza. Davies y otros políticos corruptos como él, los tentáculos del monstruo. Y el «mal de Van Elst», con su sistema de terror, ha sido *provocado* por ellos, lanzando virus sobre Nueva York y Moscú para iniciar el foco de esa epidemia. Sabían al hacerlo, que sólo una explosión nuclear, destruyendo ciudad y personas afectadas, podía evitar la extensión del mal. Y los gobiernos se verían obligados a actuar así contra su voluntad, dándoles el pretexto para provocar el conflicto bélico a escala mundial. Será fácil convencer a pueblos y ejércitos de que la URSS atacó Nueva York y Estados Unidos masacraron Moscú. Esa será la chispa.

—¡Pero los presidentes de ambos países *saben* que eso no es así, y ellos evitarán la guerra, Robin! —protestó Belinda—. Eso destruye su teoría...

—No, Belinda, no aún. Pregúntale qué significa eso de tenerlo todo «preparado». Sin contar con ambos mandatarios supremos, no se podía programar nada. ¿Qué ha sucedido en Japón para que los estadistas más poderosos de la Tierra resuelvan tan drástica y terrible medida, sacrificando millones de seres y dos ciudades enteras, sin intentar antes alguna cosa a la desesperada para vencer al virus de Van Elst?

—Espere... —Belinda asintió, con los ojos centelleantes—. Es posible que tenga razón,

Robin. Estamos tras de algo que no entendemos del todo, un enigma que no está claro ni mucho menos. Tal vez Davies nos lo revele, sí... Al menos, hay que intentarlo.

Se inclinó sobre el paciente. Le interrogó con aspereza:

—Davies, acabe su relato. ¿Cómo programaron todo esto? ¿Cómo sabían que los dos jefes de gobierno iban a tomar la decisión, pese a estar en contra de tal medida desde el principio?

Davies dio la increíble respuesta con naturalidad fría e impersonal de quien habla solamente bajo los efectos de un suero que neutraliza su voluntad:

—El presidente de Estados Unidos... y el premier soviético... nunca hubieran firmado el acuerdo y ordenado el inicio de la cuenta atrás... —jadeó—. Por eso... en Japón... cambiamos a ambos estadistas... por dos *copias ciónicas* de ellos, dos seres aparentemente iguales en lo físico, en la voz, en el gesto...

—¡COPIAS CIONICAS! —aulló Robin Reed, estupefacto—. ¡Dios, Belinda, qué siniestro y diabólico plan! ¿Cuántos medios puestos para llegar a este caos? ¿Lo entiende ahora?

—Sí, Robin... —musitó ella con un estremecimiento—, Lo entiendo... Dos copias de los políticos reunidos en Japón... Dos simples marionetas *programadas* para asentir a todo y firmar esa orden espantosa... ¡Dos cuerpos y dos rostros adaptados científicamente para que pareciesen ser los auténticos políticos allí reunidos!

—Pero entretanto, ¿*dónde* están los verdaderos políticos? —jadeó Robin, precipitándose hacia el inconsciente Davies—. Ojalá lleguemos a tiempo de evitar un mal irremediable, Belinda... ¡Pronto, Davies! ¿Dónde..., *dónde* habéis metido mientras tanto a los verdaderos presidentes de la URSS y de Estados Unidos? ¡Hable!

Y esperaron la respuesta, sabiendo que de ella dependía el futuro del mundo.

EPILOGO SEGUNDO

LA pesadilla había terminado.

Tan súbita, secretamente como empezara. El *top secret* de los asuntos de Estado caía sobre los hechos del siniestro plan como una cortina espesa e impenetrable.

Robin Reed acabó su juramento, en presencia del presidente de Estados Unidos y del primer ministro británico, en el número 10 de Downing Street, durante la visita rápida del mandatario norteamericano a Londres. Luego, le tocó el turno a Belinda. Y a Neil, el radiotelegrafista del MI-5. El secreto debía guardarse. Estaba jurando ante Dios y la Reina, por su propio honor. Todos sabían que tres ciudadanos ingleses como ellos, serían dignos de tal honor, arriesgado en el juramento.

—Lamento que su gran reportaje sobre lo que pudo ser el holocausto nuclear, no se escriba nunca, Reed —sonrió el presidente norteamericano con cordialidad, estrechando su mano antes de marcharse—. Pero el mundo no ganaría mucho sabiendo todo lo que ocurrió... y lo que estuvo a punto de suceder, si ustedes no nos rescatan en el mar del Japón, con ayuda del MI-5 y del gobierno nipón.

—No importa, señor presidente —sonrió a su vez Robin—, Me conformo con escribir la crónica de la reaparición del doctor Franz Stroder en público, tras un voluntario y misterioso retiro, con el antídoto más eficaz que podía encontrarse contra el virus del «mal de Van Elst».

—La mortandad no se evitó, por desgracia, en su totalidad —admitió sombríamente el hombre que gobernaba Estados Unidos—. Pero se extinguió la epidemia, y las bajas sufridas por la población neoyorquina y moscovita han sido las mínimas posibles, desde la virulencia del mal. A partir de ahora, gracias al doctor Stroder, y gracias también a ustedes, nadie volverá a sentir el síndrome del miedo.

Tras esas palabras, el presidente abandonó el 10 de Downing Street. El premier británico salió con él hasta la puerta. Luego, regresó a reunirse con Belinda y Reed.

Sin protocolo alguno, afectuosamente, tomó a ambos por los brazos, y les llevó consigo hasta un mueble-bar, que abrió.

—Tomen algo conmigo —dijo—. Tenemos que brindar por su gran hazaña, queridos muchachos. Gente como usted nos hace sentir

orgulloso de ser británico.

—Gracias, señor, pero no tuvo mucho mérito la parte final del caso —sonrió Robin, eligiendo un buen whisky de reserva—. Aaron Davies nos reveló que los presidentes estaban encerrados en un batiscafo, en el fondo del Mar de Japón, colgado de un supuesto barco de actividades geofísicas llamado *Neptuno*, de bandera panameña, y acudimos Belinda Joyce y yo, con algunos agentes del MI-5 y unos agentes japoneses fieles colaboradores del Gobierno de Su Majestad en casos así, rescatando a los dos cautivos y desenmascarando a los dos falsos políticos que los suplantaban, con un rostro producto de hábil cirugía plástica, en cuerpos virtualmente clónicos, es decir, de autómatas humanos, capaces de recibir órdenes y ejecutarlas sin discusión. Fue agitado pero nada difícil destruir el plan de esa gente en su última etapa.

—Ahora, la INENCO, su presidente y los políticos rusos y americanos involucrados en el gran complot, están ya a buen recaudo, definitivamente fuera de circulación —sonrió el premier británico, sirviéndole el whisky a él, una copa de brandy a Belinda y otra para sí mismo. Alzó la copa, en un brindis cordial—, Por ustedes, amigo míos.

—Por Inglaterra y por todos, señor —respondió Reed, solemne.

—Por el mundo, que sigue siendo hermoso, y que pudo haber desaparecido —suspiró Belinda, risueña.

Bebieron en silencio. Luego, ambos jóvenes se despidieron del primer ministro británico. Momentos más tarde, un coche les alejaba de Downing Street, hacia el río.

Se miraron ambos.

—Gracias por todo, Robin —dijo ella, emocionada—. Sin tu colaboración, esto no hubiera sido posible... Gunther Dietrich, Donald Lee y Sergei Ivanov, se sentirán ahora satisfechos de su sacrificio. Valió la pena.

—Creo que los dos hemos hecho cuanto nos fue posible para triunfar —comentó Reed suavemente—. Y deberíamos celebrarlo de alguna manera especial, Belinda.

—¿Cuál, por ejemplo? —sonrió ella, con una luz espléndida en sus azules pupilas.

—Comiendo en un buen restaurante francés —dijo Reed.

—Oh, eso sería excelente. Pero aún es demasiado pronto para almorzar. Conozco un restaurante francés, sin embargo, cerca de Berkeley Square, que...

—No, no —rechazó Robin—. Tú lo has dicho. Es demasiado pronto para comer. Tenemos tiempo sobrado.

—¿Tiempo de qué?

—De tomar el primer avión hacia París... y comer allí lo mejor de la cocina francesa.

—¡Robin! —se asombró Belinda—, ¿Ahora a París... tú y yo?

—¿Por qué no? París es distinto. Deseo volver a él en mejores circunstancias. París es un buen sitio para hablar de cosas que no sean espionaje, terror y epidemias mortales... París es el mejor sitio del mundo para hablar de..., de amor, por ejemplo.

—¿Amor? —pestañeó Belinda—. ¿Con quién hablaremos de amor tú y yo?

—El uno con el otro, si no te importa.

—Robin... —gratamente sorprendida, Belinda se lanzó en sus brazos, mientras el taxista londinense sonreía, comprensivo—. ¡Oh, Robin, es maravilloso! Sí, vamos a París ahora mismo...

—Ya lo ha oído, amigo —dijo Robin al chófer—, Al aeropuerto enseguida.

—Sí, señor —asintió el taxista.

Y al ver por el retrovisor que sus dos pasajeros se besaban, enfiló la ruta del aeropuerto, meneando la cabeza pelirroja con aire significativo.

—¡Estos ingleses! —comentó—. Están todos locos...

Naturalmente, el taxista era escocés.

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA



el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

¹ Quai D'Orsay: Ministerio de Asuntos Exteriores francés.